

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 5

LA MAJESTAD DE DIOS

*“Jehová reina; se vistió de
magnificencia”.*

Salmo 93:1

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre,
exaltar la gracia de Dios en la salvación y
promover santidad verdadera en el corazón y la vida.”*

Portavoz de la Gracia

5

La majestad de Dios

Contenido

La majestad de Dios en su providencia	3
<i>G. D. Watson (1845-1923)</i>	
La lluvia: Una gran obra de Dios.....	7
<i>John Piper</i>	
La voz majestuosa	9
<i>C. H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
El regocijo de Dios en su creación.....	21
<i>John Piper</i>	
El refugio del justo.....	30
<i>John Flavel (c. 1630-1691)</i>	
La estrella pistola y el poder de Dios	42
<i>John Piper</i>	
Majestad que desciende.....	44
<i>Thomas Chalmers (1780-1847)</i>	

Publicado por Chapel Library
Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

© Copyright 2010 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. **In Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

LA MAJESTAD DE DIOS EN SU PROVIDENCIA

G. D. Watson (1845-1923)

DIOS nunca realiza un acto de su providencia a medias, así como un hombre nunca fabrica medio par de tijeras. Esta frase de oro es del Dr. Gordon, y mil pasajes de las Escrituras, y diez mil incidentes en nuestra vida confirman su veracidad. Vemos con qué perfección Dios obra en la creación, y con qué exactitud hace encajar una parte con la otra, combinando la fuerza con la hermosura, la montaña con el valle, las zonas con los climas y los productos con las temporadas. Él ajusta tan bellamente la aleta del pez con el mar, el ala del pájaro con el aire, el ojo con la luz, el oído con las pulsaciones de la atmósfera y cada hueso con su coyuntura, de manera que la creación entera se convierte en una transparencia de vidrio que revela la sabiduría sin igual de Dios. Demuestra omnipresencia en cada átomo, y revela la operación momentánea de su voluntad infinita en cada instante que se sucede a otro a través de miles de años, sin pausa, sin ningún error ni el más mínimo olvido, desde el insecto en una hoja temblorosa hasta la gigantesca órbita de los soles y sistemas planetarios.

Todo es sencillamente inconcebible, y si pudiéramos verlo en su realidad total, aplanaría el intelecto con el peso arrollador de su sublimidad. Y luego piense que toda esta perfección infinita de equilibrar una parte con otra se repite una y otra vez en las inspiradas Escrituras. Éstas son como otro universo creado, donde existe una compilación y un registro infalibles de historia, biografías, preceptos, parábolas, promesas, poesías, castigos, nombres de personas, lugares y cosas. Contienen verbos descriptivos de cada acto moral que ocurre en el Cielo, en la tierra o en el infierno. Y todo está dispuesto de manera que no contienen ni un error, ni ninguna afirmación necia o inútil. Sobrepasan por mucho a todos los libros humanos como sobrepasa el sol del mediodía a la luz de una vela, y revela mundos tan vastos de verdades intelectuales y espirituales, encadenados en cadenas doradas de hermosura desde Génesis hasta Apocalipsis, de modo que forman un universo intelectual, sobrepasando la genialidad de la creación material.

Y además de estas dos creaciones de la naturaleza y las Escrituras, hay un tercer universo de los actos providenciales de Dios, coronado

con las disposiciones infalibles de la previsión de Dios. Cada momento en la vida de cada ser humano, de todos los millones sobre la tierra, está lleno en la forma más minuciosa, sabia, delicada, amante y justa, de aquel mismo Dios que llena cada átomo de la naturaleza y cada palabra de las Escrituras con su presencia personal. Ciertamente andamos en medio de un océano sin límites de amor y supervisión divinos.

La providencia especial de Dios es una tercera Biblia, que él escribe incesantemente en la vida de sus criaturas. En las páginas de plata de cada día que corre veloz está escribiendo sus tratos con cada uno de nosotros con exactitud, amor compasivo y sabiduría paciente e imparcial. Equilibra la necesidad con los suministros, encaja la oración con la respuesta, entremezcla el dolor con el gozo y el temor con la esperanza, y une dulcemente la fe con su cumplimiento y lo sobrenatural con lo natural, y la motivación del corazón con la recompensa de la acción. Si pudiéramos ver todo como lo discierne un ángel, el panorama nos deslumbraría hasta el éxtasis.

En el mismo momento en que el ansioso corazón de Isaías se lamentaba por los defectos de su vida espiritual, diciendo: “¡Ay de mí!” clamaban los serafines—tipos de profetas glorificados—refiriéndose a la gloria de Dios, porque veían la presencia de Dios actuando por medio de cada átomo de la naturaleza y de su providencia.

Si nos tomamos un momento para pensar en silencio acerca de los tratos diarios de Dios con nosotros, y si con calidez de corazón buscamos cada pequeño síntoma de la presencia de Dios en nosotros y a nuestro alrededor, pronto nos maravillaremos cuánto descubrimos de su presencia y la perfección con que entreteje todas las cosas para nuestro bien. Nunca realiza a medias los actos de su providencia.

La misma noche que el joven Salomón oraba pidiendo sabiduría para juzgar rectamente al pueblo, una pobre madre con el corazón destrozado, de condición humilde, lloraba por su infante que otra mujer le había robado. El mismo oído Infinito que bebió la dulce oración del joven y hermoso príncipe, al mismo instante bebió el triste llanto de una pobre madre marginada de los barrios bajos de Jerusalén. Le dio al joven príncipe la sabiduría sobrehumana para saber cómo juzgar entre las mujeres, y para resolver la disputa en cuanto a quién era la verdadera madre del niño.

El mismo Dios que vio al solitario Jacob abriéndose paso en el desierto de Siria, buscando un hogar, dispuso las cosas para que la hermosa Raquel saliera con las ovejas de su padre de manera que se encontraran junto al pozo. Cada uno no fue más que dos hemisferios

de un solo pensamiento en la mente de Dios. ¿Acaso no están repletas nuestras vidas de tales complementos providenciales?

Conozco a un obrero cristiano que en cierto momento se vio rodeado de lo que, humanamente hablando, eran dificultades absolutamente imposibles de resolver. Pero se encerró con Dios, ayunando y orando intensamente que Dios le abriera cierto campo de trabajo para él. En su oración leyó el pasaje donde Asuero estuvo toda la noche desvelado en respuesta a la oración de Mardoqueo, y rogó al Señor que mantuviera a alguien desvelado toda la noche por él. A mil doscientas millas de distancia, un caballero cristiano a quien no conocía, se desveló toda la noche orando y estudiando acerca de aquel hombre. Dios le habló al caballero en una voz clara: “Envía a ese hombre un cheque por cierta cantidad de dinero, y haz que venga aquí y trabaje contigo en una misión.” Antes de que el cheque tuviera tiempo de llegar a aquel obrero, un vecino lo llamó y le dijo:—“He tenido un sueño, en que vi a un hombre grande, corpulento y a usted trabajando en cierta ciudad.” Siguió describiendo las personas y los lugares que había visto en su sueño, lo cual unas pocas semanas después se cumplió con total precisión.

¡Qué lentos somos para confiarle a Dios todos los detalles de la vida, así como confiamos permanentemente nuestra alma a los méritos de la sangre preciosa de Cristo! No obstante, la escritura de Dios en la pared de cada hora que pasa es tan infalible como lo es su escritura en la Biblia. ¿Es posible dividir a Dios? ¿Puede Dios ser menos infinito en sus actos providenciales que lo es en su Palabra? “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo!” Si el Espíritu Santo lo llama a trabajar en cierta obra, jamás retirará su propio llamado. Dios no se divierte a costa de sus criaturas burlándose de las convicciones y los anhelos más profundos de su corazón. Tan ciertamente como ha hablado a su corazón llamándole a alguna esfera de trabajo, ciertamente ha preparado ese trabajo para usted en algún lugar del mundo, y en el momento preciso juntará los dos hemisferios de su providencia.

Dios nunca hace un ala para burlarse de un pobre pájaro, sino que llena un cielo azul con aire sobre el cual el ala puede volar. Hay bastante lugar en el aire para cada ala que ha sido formada. Dios no deja que la enorme águila monopolice toda la atmósfera, en cambio, cada pequeño gorrión tiene a su disposición espacio sin límites. Cuando estamos totalmente sumergidos en la voluntad de Dios, y sólo buscamos complacerle a él, no hay criatura, ni siquiera millones multiplicados de criaturas, sean buenas o malas, que puedan interponerse en nuestro camino, ni ser un obstáculo, ni hacernos daño.

Dios se deleita en revelarse al corazón realmente humilde, de pequeñas maneras y con sorprendentes actos providenciales que los altivos no tienen ojos para ver ni fe para reconocer.

Una vez viajaba a Texas desde Carolina del Sur para trabajar en reuniones para el Señor. Tenía poco tiempo para llegar a mi destino antes del domingo, y muy poco dinero para pagar mis gastos. Cuando abordamos el tren, el conductor anunció:

–El tren con el correo de Nueva York para el sur tiene una demora de más de dos horas, y tenemos que esperarlo.

Esto nos retrasaría dos horas en Birmingham, Alabama, donde debía hacer una conexión con un tren para Nueva Orleans. Al preguntarle si el tren directo a Nueva Orleans nos esperaría en Birmingham, dijo:

–No, porque ese tren siempre cumple su horario, y no espera a los trenes que llegan retrasados. Usted tendrá que pasar la noche en Birmingham.

Inmediatamente me senté y recliné la cabeza contra la ventanilla, y cerrando los ojos le conté todo a mi Padre celestial—que estaba trabajando para su Hijo precioso, que yo pertenecía enteramente a su Hijo, que los intereses de su Hijo unigénito eran infinitamente mayores que los de todos los ferrocarriles, y que él veía mis escasos recursos y el poco tiempo antes del domingo. ¿Podría por favor hacer que el tren rápido a Nueva Orleans de alguna manera se demorara el mismo tiempo que nosotros? Una dulce tranquilidad embargó mi espíritu y sentí deseos de sonreír.

Cuando llegamos a Birmingham, allí estaba el largo tren esperándonos. Había sufrido una demora extraña, que les era difícil explicar, y cuando le pregunté al conductor por qué se había demorado, dijo:

–No lo sabemos, a menos que haya sido para poder recoger los pasajeros de este tren.

Le conté mi oración y dije:

–Mi deseo es que ustedes los ferroviarios pongan su confianza en el Dios viviente.

Puede usted estar seguro de que siempre se encuentra envuelto en la presencia del Espíritu Santo. Él observa cada movimiento de su ser interior, y su mano está en este preciso instante en todo en su creación. Está incesantemente encajando causas con efectos, y el espíritu interior con la circunstancia exterior, y las cosas cercanas con las cosas cientos y miles de millas de distancia. Nada es demasiado pequeño que no note y dirija con amor. Estemos atentos a los tratos diarios de

Dios con nosotros. Cuanto más atentos estemos, más lo veremos. Y más lo veamos, más lo amaremos.

George D. Watson (1845-1923) nació en Virginia en una familia cristiana consagrada con seis hijos. A los 18 años se enroló en el Ejército del Sur en la Guerra Civil Norteamericana, y se convirtió en una reunión de campaña para soldados. Estudió en un instituto bíblico después de la guerra y comenzó a predicar el evangelio en 1868, pastoreando varias iglesias, y más adelante viajando extensamente.

LA LLUVIA: UNA GRAN OBRA DE DIOS

John Piper

SI le dijéramos a alguien: “Mi Dios hace cosas grandes e inescrutables; realiza incontables maravillas”, y respondieran: “¿De veras? ¿Cómo qué?” ¿Diría usted: “Como la lluvia”?

Cuando leí hace poco estos versículos de Job, al principio me sentí como cuando leí una mala poesía que decía algo así; “Déjame sufrir, déjame morir, para ganarme tu mano; déjame aun escalar una montaña o caminar a través de la llanura.” ¿Aun sufriría y moriría para obtener tu mano, y “aun” caminaría a través de una llanura? ¿Como si caminar a través de una llanura fuera más sacrificio que morir? Esto me sonó como una broma.

Pero Job no bromeaba. Dios, “el cual hace cosas grandes e inescrutables, y maravillas que no tienen cuento: que da la lluvia sobre la haz de la tierra.” Para Job, la lluvia realmente es una de las grandes, inescrutables maravillas que Dios realiza. Así que cuando leí esto hace unas semanas, resolví no considerarlo como la letra de una canción popular carente de sentido. Decidí tener una conversación conmigo mismo (lo cual llamamos meditación).

¿Es la lluvia una grande e inescrutable maravilla hecha por Dios? Imagínese ser un granjero en el Cercano Oriente, lejos de lagos o arroyuelos. Unos pocos pozos suministran agua para la familia y los animales. Pero si los cultivos han de crecer y la familia ha de tener su alimento mes tras mes, tiene que venir agua de otra fuente para los campos. Pero, ¿de dónde?

Bueno, del cielo. ¿Del cielo? ¿El agua caerá simplemente del cielo azul? Bueno, no exactamente. El agua tiene que ser llevada unas cuantas millas en el cielo desde el Mar Mediterráneo, y luego derramada sobre

los campos desde el cielo. ¿Llevada? ¿Cuánto pesa? Bueno, si cae una pulgada de lluvia en una milla cuadrada de campo durante la noche, eso sumaría 27.878.400 pies cuadrados de agua, lo cual suma 206.300.160 galones, o sea 1.650.501.280 libras de agua.

Eso es pesado. ¿Cómo sube al cielo y se queda allí arriba si es tan pesada? Pues, sube allí por evaporación. ¿De veras? Esa es una linda palabra. ¿Qué significa? Quiere decir que el agua deja de ser agua por un tiempo a fin de poder subir y mantenerse arriba. Comprendo. Entonces, ¿cómo vuelve a bajar? Pues, sucede la condensación. ¿Eso qué es? El agua comienza a volver a convertirse en agua por medio de juntar pequeñas partículas de polvo de un ancho entre 0,00001 y 0001 centímetros.

¿Y qué de la sal? ¿Sal? Sí, el Mar Mediterráneo tiene agua salada. Eso mataría los cultivos. ¿Y qué de la sal? Pues, la sal ha sido quitada. Oh. ¿Así que el cielo levanta mil millones de libras de agua del mar, le quita la sal, lleva el agua (o lo que sea, cuando ya no es agua) por trescientas millas y luego la arroja (ahora nuevamente como agua) sobre la granja?

Bueno, no la arroja. Si arrojara un mil millones de libras de agua sobre la granja, aplastaría el trigo. Así que el cielo deja caer los mil millones de libras de agua en gotitas. Y tienen que ser lo suficientemente grandes como para caer una distancia de más o menos una milla sin evaporarse, y lo suficientemente pequeñas como para no aplastar los tallos de trigo.

¿Cómo es que todos estas partículas de agua que pesan mil millones de libras se hacen lo suficientemente pesadas como para caer (si es que cabe la pregunta)? Pues, se debe a la fusión. ¿Qué es eso? Significa que las partículas de agua empiezan a chocar entre sí y a unirse y a hacerse más grande, y cuando son lo suficientemente grandes, caen. ¿Simplemente así? Bueno, no exactamente, porque rebotarían al chocar en lugar de unirse si no hubiera presente un campo eléctrico. ¿Qué? No se preocupe. Créame que es como le digo.

Me parece que, en cambio, simplemente creé lo que dijo Job. Todavía no entiendo por qué las gotas llegan al suelo, porque si empezaran a caer en cuanto son más pesadas que el aire, serían demasiado pequeñas y se evaporarían antes de llegar a la tierra. Pero si esperan para caer, ¿qué las sostiene en el aire hasta que son lo suficientemente grandes como para no evaporarse? Sí, estoy seguro que hay una palabra que también describe este detalle. Pero estoy satisfecho ahora que, sea cual fuere esa palabra, esta es una cosa grande e inescrutable que Dios ha hecho. Creo que debería estar agradecido – mucho más agradecido de lo que lo estoy.

Nota del editor: Qué Dios grande y maravillosamente majestuoso tenemos.

Usado con permiso. Tomado del libro "*A Godward Life*"

(Una vida centrada en Dios), Tomo 2, página 28 Multnomah Publisher Inc.

John Piper: el Pastor Predicador de la Iglesia Bautista Bethlehem en Minneapolis, Minnesota. Se crió en Greenville, Carolina del Sur, y estudió en Wheaton College, el Seminario Teológico Fuller y en la Universidad de Munich. Enseñó cursos bíblicos en Bethel College en St. Paul, Minnesota, y en 1980 fue nombrado pastor den la iglesia Bethlehem. Ha escrito más de 30 libros, y su predicación y enseñanza de más de 25 años están a disposición sin costo alguno en desiringGod.org. John y su esposa Noel, tienen cuatro hijos varones, una hija y varios nietos.

LA VOZ MAJESTUOSA

C. H. Spurgeon (1834-1892)

TODAS las obras de Dios, sean grandiosas o pequeñas, lo alaban; todas ponen al descubierto la sabiduría, el poder y la benevolencia de su Creador. "Todas tus obras te alaban, oh Dios." Pero algunas de sus obras más majestuosas cantan el canto de alabanza con una voz más sonora que otras. Algunas de las cosas que ha hecho parecen tener grabadas el nombre de Dios en letras más grandes que lo usual. Tales son las altas montañas que adoran a Dios con sus sienas descubiertas de día y de noche, tales son los mares con sus olas, demasiado potentes para ser manejados por el hombre, pero controlados por Dios, y tales son, especialmente, los truenos y los rayos. Los rayos son las miradas de los ojos de Dios, y los truenos son las expresiones de su voz. El trueno por lo general ha sido atribuido a Dios más especialmente, aunque los filósofos nos aseguran que lo produce una causa natural. Les creemos, pero preferimos mirar la primera gran causa, y nos contentamos con la antigua creencia universal que el trueno es la voz de Dios. Es maravilloso el efecto que el trueno ha tenido sobre todos tipos de hombres. Leyendo las odas de Horacio el otro día, lo encontré en los dos primeros versículos cantando como un auténtico itúreo que despreciaba profundamente a Dios, y tenía la intención de vivir despreocupadamente; al tiempo oye los truenos, y reconociendo que existe un Jehová que vive en las alturas, tiembla ante él. Los más viles de los hombres se han visto obligados a reconocer que debe haber un Creador cuando han oído esa maravillosa voz suya recorrer el cielo. Los hombres más valientes y peores blasfemos se han convertido en los más débiles de todas las

criaturas cuando Dios se ha manifestado en el potente torbellino o en la tormenta. “Él quebranta los cedros del Líbano”, él echa abajo los corazones fuertes; él humilla al poderoso y obliga a los que nunca lo reconocieron que lo reverencien cuando oyen su voz. El cristiano reconoce el trueno como la voz de Dios en el hecho de que, si sus pensamientos son correctos, siempre le sugiere pensamientos santos. No sé cómo le resulta a usted, pero yo rara vez escucho los truenos sin olvidar la tierra y mirar hacia lo alto a Dios. No siento terror ni dolor; lo que experimento es más bien un sentimiento de placer, porque me gusta cantar esa estrofa:

*“El Dios que gobierna en lo alto y truena cuando le place
Que cabalga sobre el cielo tormentoso y controla los mares.
Este Dios temible es nuestro, nuestro Padre y nuestro amor
Él nos enviará sus poderes celestiales para llevarnos a las alturas.”*

Él es nuestro Dios, y eso es lo que me gusta cantar y reflexionar; pero hay algo tan terrible en el momento cuando Dios habla con esa voz, algo tan aterrador para otros hombres y humillante para el cristiano, que lo lleva a considerarse de la más baja estima; luego mira a Dios y clama: “Jehová infinito, perdona a este gusano, no aplastes a este indigno desdichado. Sé que es tu voz; te reverencio con solemne asombro; me postro ante tu trono; tú eres mi Dios, y fuera de ti no hay otro.” Seguramente a la mente judía se le ocurrió llamar al trueno la voz de Dios, cuando consideró su fuerte sonido, cuando las demás voces eran silenciadas: aunque fueran las voces más sonoras que pueden tener los mortales, o los sonidos más potentes; estos no son más que murmullos indistintos, comparados con la voz de Dios en el trueno; y, de hecho, están totalmente perdidos cuando Dios habla desde su trono y hace oír aun al sordo; y aquellos que se niegan a reconocerlo oyen su voz.

Pero no tenemos que detenernos para probar que el trueno es la voz de Dios, sobre la base de algún sentimiento natural del hombre. Tenemos las Escrituras que lo prueban y, por lo tanto, intentaremos lo mejor posible apelar a eso. En primer lugar, hay un pasaje en el libro de Éxodo, capítulo 9, versículo 28, que quiero presentarles, donde en el margen se nos dice que el trueno es la voz de Dios: faraón dice “Cesen los truenos de Dios y el granizo”. El original hebreo dice, y el margen de mi Biblia y el margen de las Biblias de todos ustedes que son lo suficientemente sabios como para tener Biblias con notas en el margen: “Voces de Dios”. “Que no haya más voces de Dios y granizo”. Para que no sea sólo una ilusión sino que las Escrituras nos aseguran diciendo que: “el trueno es la voz de Dios elevada en el cielo.” Ahora bien, otra prueba que ofrecemos se encuentra en el libro de Job. En su

capítulo 37, versículo 3, él dice: “Debajo de todos los cielos lo dirige, y su luz hasta los fines de la tierra.” Y esto dice en el capítulo 40, versículo 4: “¿Tienes tú brazo como Dios? ¿Y tronarás tú con voz como él?” Me alegra que en esta época, cuando los hombres procuran olvidar a Dios y sacarlo totalmente de la creación tratando de colocar leyes en el lugar de Dios, como si las leyes gobernaran el universo sin que nadie ejecute esas leyes, y les dé poder y fuerza—me alegra, digo, poder dar testimonio de algo que los hombres no pueden negar que es causado por Dios, el Todopoderoso mismo.

Existe una prueba contundente que quiero presentarles, de que el trueno es la voz de Dios, y es un hecho que cuando Dios habló en el Sinaí, y dio su ley, su voz se describe, no en el primer pasaje sino en la referencia a él, como grandes truenos. “Vinieron truenos y relámpagos... muy fuerte.” Dios habló en ese entonces y habló tan atterradoramente en el trueno, que el pueblo pidió no volver a escuchar esa voz. Y quiero referirlos a un pasaje en el Nuevo Testamento, que me apoya completamente al describir que el trueno es, ciertamente, la voz de Dios. Éste se encuentra en el capítulo 11 del Evangelio según San Juan, donde Jesús alzó su voz al cielo ante la tumba de Lázaro y le pidió a su Padre que le contestara; entonces vino una voz del cielo, y los que se encontraban a su alrededor dijeron que su voz tronaba; lo que oyeron era la voz de Dios, y se la adjudicaron al trueno. He aquí una prueba importante de que al trueno por lo general se describe como la voz de Dios, y cuando la voz de Dios ha sido oída en alguna ocasión importante, siempre ha sido acompañada del trueno, o más bien, ha sido el sonido del trueno mismo.

Bien, ahora, pasando a otras consideraciones, queremos hacer algunos comentarios, no en la voz de Dios en el trueno, sino en la voz de Dios como se escucha en otras partes; porque no sólo se oye allí en la naturaleza, sino que hay voces espirituales y otras voces del Altísimo. “La voz del SEÑOR es majestuosa.” Dios ha hablado de diversas maneras al hombre a fin de que el hombre no lo considere un Dios tan concentrado en sí mismo que no observa a sus criaturas. En su gracia, le ha agradado al Ser divino, a veces mirar al hombre, otras veces extenderle su mano, a veces revelársele con una apariencia mortal, y con frecuencia hablarle. En diversas ocasiones ha hablado sin valerse de otros medios —por medio de su propia voz, como por ejemplo cuando habló desde la cumbre del Sinaí ardiente, o cuando le habló a Samuel en su lecho, y le dijo varias veces: “Samuel, Samuel”, o cuando le habló a Elías, y Elías dijo que oyó un fuerte viento y un fuego y que, después, “un silbo apacible y delicado” y Dios le habló. Habló directamente desde el cielo con sus propios labios en una o dos

ocasiones en la vida de Cristo. Le habló en las aguas del Jordán cuando dijo: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tomo contentamiento.” Le habló en otra ocasión, a la cual ya nos hemos referido –fue Dios quien habló, aunque fue Jesucristo—a Saulo camino a Damasco: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Ha hablado varias veces directamente con su propia voz, sin intervención de ningún otro medio; en otras ocasiones, a Dios le agradó hablar a los hombres por medio de los ángeles. Como si fuera un mensaje por escrito, ha enviado a la tierra su mensaje por medio de sus mensajeros de lo alto: le ha dicho al hombre muchos secretos y maravillas por medio de los labios de esos seres gloriosos que son sus espíritus flameantes que cumplen su voluntad. Con la misma frecuencia, quizá, Dios ha hablado a los hombres en sus sueños, en visiones nocturnas, cuando han caído en un profundo sueño.

Luego, cuando el oído natural se ha cerrado, él ha abierto el oído del espíritu y ha enseñado verdades que de otra manera los hombres nunca hubieran conocido. Y, con más frecuencia aún, Dios ha hablado a los hombres por medio de otros hombres. Desde los tiempos de Noé hasta ahora, Dios ha levantado sus profetas, por cuya boca ha hablado. No fue Jeremías el que expresó esas lamentaciones que leemos, sino que fue Jehová, el Dios de Jeremías hablando a través de los órganos naturales de la voz del profeta. No fue Isaías el que previó el futuro y predijo la condenación de millones, fue el Dios de Isaías quien así hablaba. Y así es con cada profeta del Señor en la actualidad y cada ministro a quien Dios ha levantado para que hable: cuando hablamos con poder y eficacia, no es por nuestra propia unción que hablamos sino que es el Espíritu de nuestro Padre que mora en nosotros. Dios habla a través de los seres humanos, y sabemos ahora también que Dios habla por medio de su Palabra escrita inspirada por él. Cuando leemos una página de las Escrituras, no debemos considerar estas palabras en ningún grado como palabras de hombres, sino como palabras de Dios. Y aunque son silenciosas, de igual manera hablan; y aunque no emiten sonido, no obstante “Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras.”

Y Dios habla él mismo en la actualidad usando distintos medios, no hace que el hombre hable, no hace que la Biblia hable por sí misma, sino que habla por medio de la Biblia y por medio del hombre tan ciertamente como si no hubiera usado ningún libro ni empleado a ningún hombre para que hablara por él. Ay, y hay ocasiones cuando el Espíritu de Dios habla dentro del corazón del hombre sin valerse de ningún medio. Estoy convencido de que hay muchos impulsos secretos, muchos pensamientos solemnes, y muchas instrucciones

misteriosas que nos son dados sin que se haya pronunciado ni una palabra, sino dados por las sencillas mociones del Espíritu de Dios en el corazón. Esto sé, que a veces sin oír y sin leer, igualmente he sentido la voz de Dios en mí y el Espíritu mismo me ha revelado algún oscuro misterio, descubierto algún secreto, me ha guiado hacia alguna verdad, me ha dado algún tipo de orientación, me ha guiado por alguna senda o de alguna manera me ha hablado él mismo directamente; y creo que es igual con cada uno en el momento de su conversión, con cada cristiano al vivir su vida cotidiana, y especialmente cuando se va acercando a la tumba—que Dios, el Eterno, habla él mismo a esa alma, con una voz que no puede resistir, aunque se resista a la mera voz del hombre. La voz de Dios se sigue oyendo, como fue oída en el pasado. ¡Gloria sea a su nombre!

Y ahora mis amados, llego a la doctrina: “La voz del Señor es majestuosa.” En primer lugar, “La voz del Señor” tiene que ser “majestuosa” por su esencia; en segundo lugar, “La voz del Señor es majestuosa” constantemente; en tercer lugar, “La voz del Señor es majestuosa” eficazmente, en todo lo que hace.

I. Primero, entonces, “LA VOZ DEL SEÑOR ES MAJESTUOSA.” Ay, y así tiene que ser. ¿Acaso no tiene que ser majestuosa la voz que procede de la Majestad? ¿No es Dios el Rey de reyes, y el Soberano de toda la tierra? Entonces, ¿cómo va hablar con una voz que no sea digna de él? ¿No debe hablar el rey con la voz de un rey? ¿No debe hablar un poderoso monarca con la lengua de un monarca? Y ciertamente, si Dios es Dios, y si él es el Señor de todos los mundos, y el Emperador del universo, cuando habla, tiene que hablar con la lengua del monarca y con una voz majestuosa. La naturaleza misma de Dios requiere que todo lo que haga sea divino. Su aspecto es un aspecto divino, sus pensamientos son pensamientos divinos; ¿y no tienen sus palabras que ser palabras divinas, ya que proceden de él? Ciertamente, por la misma esencia de Dios, podemos inferir que su voz sería majestuosa.

¿Pero qué queremos decir al afirmar que una voz es majestuosa? Creo que la voz de ningún hombre puede ser majestuosa a menos que sea veraz; una mentira, dicha aún con las palabras más nobles nunca sería majestuosa; una falsedad, aunque pronunciada por los labios más elocuentes, sería una cosa mezquina y mísera, no importa lo bien que fue dicha; y un engaño, donde sea que se exprese y quien fuere que lo exprese, no es majestuoso; nunca puede ser verdad, y sólo la verdad puede ser majestuosa; y porque las palabras de Dios son la verdad pura, sin las más mínimas aleaciones de error, es que resultan ser majestuosas. Sea lo que fuere que oigo decir a mi Padre en las

Escrituras, sea lo que fuere que me dice por medio de sus cuidados o por su Espíritu, si él lo dice, no tiene la más mínima aleación de mentira. Puedo aceptarla tal cual es.

“Que mi fe en su promesa viva, que en su promesa muera.”

No tengo necesidad de hacer razonamientos sobre ella, me basta con aceptarla y creerla porque él lo ha dicho. No necesito tratar de comprobarla al mundano; aunque la comprobara, igualmente él no lo creería; si la voz de la majestad de Dios no lo convence, ciertamente mi voz de razonamiento tampoco. No necesito ocuparme de desglosar entre esta y otra voz de Dios, sé que si él lo dijo, tiene que ser verdad, y por lo tanto creeré todo lo que estoy convencido de que Dios ha dicho, creyendo que su voz es majestuosa.

Además, cuando hablamos de una voz majestuosa, queremos decir que es una voz que se impone. Alguien puede hablar la verdad, pero hacerlo con poca majestuosidad porque habla en un tono que no llama la atención ni despierta el interés de sus prójimos. De hecho, hay algunos hombres exponentes de la verdad que deberían cerrar la boca porque perjudican la verdad. Conocemos a demasiados que pretenden predicar la verdad de Dios, que salen a la batalla, que toman la lanza en sus manos para defender el honor de Cristo, pero sostienen tan mal esa lanza, y que tienen tan poco del Espíritu de Dios, que no hacen más que deshonorar su santo nombre y mejor hubiera sido que se quedaran en casa. ¡Oh! amados, la voz de Dios cuando habla es siempre una voz que se impone. Vean al monarca ponerse de pie en medio de sus criaturas, quizá han estado hablando entre ellos antes pero, ¡silencio! su majestad está por dirigirles la palabra. Lo mismo sucede con la majestad de Dios. Si habla en el cielo, los ángeles callan sus aleluyas y suspenden las notas de sus arpas de oro a fin de escucharle; y cuando habla sobre la tierra, es siempre lo más adecuado que sus criaturas callen sus pasiones rebeldes y silencien la voz de sus razonamientos. Cuando Dios habla, ya sea desde el púlpito o por medio de su Palabra, considero que mi deber es guardar silencio. Cuando cantamos las glorias de nuestro Dios, nuestra alma tiembla; pero cuando él expresa sus propias glorias, ¿quién se atreve a responder? ¿Quién puede levantar su voz contra la majestad del cielo? Hay algo tan majestuoso en la voz de Dios que, cuando habla, impone silencio en todas partes, y motiva a los hombres a escuchar.

Pero hay algo muy poderoso en la voz de Dios, y esa es la razón por qué es majestuosa. Cuando Dios habla, no lo hace débilmente, sino con una voz llena de poder. A veces Dios nos arroja a nosotros, pobres criaturas, con ese poder, y cuando hablamos, su gracia se derrama de nuestros labios; pero a veces pasamos por rachas cuando tenemos poco

éxito; hablamos y hablamos, pero no tenemos al Señor detrás de nosotros, ni al espíritu de nuestro Señor dentro nuestro, y, por lo tanto, poco logramos. No sucede lo mismo con Dios: él nunca ha malgastado una palabra; nunca ha dicho ni una solitaria palabra en vano. Sea lo que fuere que estaba dentro de sus intenciones, no tenía más que hablar y se cumplía. Una vez dijo: “Sea la luz”, y hubo luz instantáneamente. Y dijo en la eternidad pasada que Cristo sería su primer escogido, y Cristo fue su primer escogido. Él decretó nuestra salvación; habló la palabra y fue hecha. Envió a su Hijo para redimir, y proclamó a sus escogidos justificación en él. Y su voz era una voz poderosa, porque nos justificó. La voz de ningún hombre nos podía perdonar el pecado, ninguna voz que no sea la del monarca puede decir una palabra de perdón al súbdito; y la de Dios es una voz majestuosa porque no tiene más que hablar y nuestro perdón está firmado, sellado y ratificado. Dios no es grandilocuente con sus palabras; no dice palabras difíciles, impresionantes, sin significado. La palabra más sencilla que pronuncia puede significar poco para el hombre, pero tiene en ella un poder igual a la omnipotencia de Dios. Hay una majestad en la voz de Dios que puede bastarme para dar valentía a mi alma para pelear contra el ladrón; para decir: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿dónde, oh sepulcro, tu victoria?” Esa promesa sola tiene suficiente majestad como para hacer del enano un gigante, y al débil uno de los más poderosos del Altísimo. Tiene suficiente poder en ella para alimentar a toda una hueste en el desierto; para guiar a toda una compañía a través de los vaivenes de la vida mortal; majestad suficiente para dividir el Jordán, para abrir las puertas del cielo y dejar entrar a los redimidos. Amados, no puedo explicarles cómo es que la voz de Dios es tan majestuosa excepto por el hecho de que él mismo es tan poderoso, y que sus palabras son como él.

Un pensamiento más acerca de que la voz de Dios es majestuosa en su esencia; y les insto que lo recuerden aunque olviden todo lo demás. En cierto sentido, podríamos llamar a Jesucristo la voz de Dios, porque sabemos que las Escrituras lo llaman frecuentemente el Verbo de Dios, y estoy seguro de que este Verbo de Dios es majestuoso. La voz y el verbo, o palabra, son prácticamente la misma cosa. Dios habla: es su Hijo. Su Hijo es el Verbo, el Verbo es su Hijo, y la voz es su Hijo. ¡Ah! ciertamente la voz, el Verbo de Dios, “es majestuosa”. ¡Ángeles! Ustedes pueden contar con qué majestuosidad sublime estaba investida su bendita persona cuando reinaba a la diestra de su Padre, ustedes pueden contar cuáles eran los esplendores de los que se despojó para encarnarse, ustedes pueden contar qué brillante era aquella corona, que potente era ese cetro, qué gloriosos eran esos

mantos tachonados de estrellas. ¡Espíritus! Ustedes que lo vieron cuando se despojó de todas sus glorias, ustedes pueden contar lo que era su majestuosidad. Y ¡ustedes los glorificados, ustedes lo vieron ascender a los cielos, llevando cautiva a la cautividad—ustedes, amados cantores que se inclinan ante él y cantan incesantemente su amor! Ustedes pueden contar cuán plena es su majestuosidad. Véanlo sentado mucho más alto que todos los principados y poderes, los ángeles no son más que siervos a sus pies, y los monarcas más poderosos como gusanos que se arrastran debajo de su trono. Allí, muy alto, donde Dios solo reina, más allá del conocimiento de los ángeles o la mirada de los espíritus inmortales—allí sentado, no meramente majestuoso sino lleno de majestuosidad. ¡Cristiano! Adore a su Salvador; adore al Hijo de Dios; reveréncielo, y recuerde siempre que, no importa lo pequeño que usted pueda ser, su Salvador, con quien se ha aliado, el Verbo de Dios, es majestuoso en su esencia.

II. Ahora el segundo punto. ES MAJESTUOSA CONSTANTEMENTE. La voz de Dios, como la voz del hombre, cuenta con diversos tonos y niveles; pero es majestuosa constantemente, así es que cualquier tono que use, siempre estará lleno de majestad. A veces Dios habla al hombre con voz dura, amenazándolo por el pecado; y hay majestuosidad en esa dureza. Cuando el hombre está indignado con su prójimo y habla dura y severamente, eso tiene poco de majestuoso, pero cuando el Dios justo está airado con los pecadores mortales y dice que “no tendrá al culpable por inocente”. “Yo soy Jehová, fuerte, celoso”, cuando declara estar indignado y pregunta quién puede mantenerse ante la furia de su rostro—cuando él arroja las piedras—hay majestuosidad en esa terrible voz suya. Luego adopta otra voz. A veces es una voz didáctica tranquila, enseñándonos lo que quiere que aprendamos. Y, en esas ocasiones, ¡qué majestuosa es su voz! Explica, describe, declara: nos dice lo que hemos de creer; ¡y qué majestuosa es su voz entonces! Los hombres pueden explicar la Palabra de Dios, y no tener nada de majestuosidad en lo que dicen; pero cuando Dios enseña lo que el pueblo debe conocer como la verdad, ¡qué majestuosa es su voz! Tan majestuosa que si alguno se atreviera a quitar algo de las palabras escritas en este Libro, Dios le quitará el nombre del libro de la vida y de la ciudad santa—tanta majestuosidad, que tratar de mejorar la Biblia es prueba de un corazón blasfemo, que buscar alterar una palabra de las Escrituras es una prueba de estar separado del Dios de Israel. En otras ocasiones Dios usa otra voz—una dulce voz consoladora. Y ¡oh! ustedes que han sufrido y han escuchado la voz reconfortante de Dios, ¿no fue acaso majestuosa? No tiene nada de la

superficialidad con que a veces confortamos a las pobres almas enfermas. Las madres con frecuencia hablan a los enfermos en un tono suave; pero por alguna razón parece afectado, y, por lo tanto, no es majestuoso; pero cuando Dios habla para reconfortar, usa sus palabras majestuosas “Lo montes se moverán y los collados temblarán; mas no se apartará de ti mi misericordia... dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti.” ¡Oh! ¿acaso no es majestuosa esa dulce voz? “¿Olvidarse la mujer del niño que parió, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque se olviden ellas, yo no me olvidaré de ti.” ¡Qué dulce, pero también qué majestuosa! No podemos menos que ser confortados por ella si va dirigida a nuestras almas. A veces la voz de Dios es una voz que reprende; y en esas instancias es majestuosa. “El buey conoce a su dueño” dice, “y el asno el pesebre de su señor: Israel no conoce, mi pueblo no tienen entendimiento”, y habla reprendiendo, como si tuviera con ellos una controversia, y llama a los montes y collados que oigan su reprensión por los pecados de ellos “Crié hijos, y engrandecílos, y ellos se rebelaron contra mí.” Pero la voz de Dios que reprende es siempre majestuosa. Otras veces es una voz de mando a sus hijos, cuando se les aparece y dice: “Dí a los hijos de Israel que marchen.” ¡Y cuán majestuosas son las órdenes de Dios, cuán poderosa su voz cuando nos dice lo que debemos hacer! Algunos entre ustedes tienen una opinión muy baja de lo que es la voz de Dios. Dios les dice que se bauticen para honrar a su Señor y Maestro; les habla y les dice que se acerquen a su mesa, y que recuerden sus sufrimientos al morir; pero ustedes no le hacen caso; pareciera que ni les importa. Pero déjenme decirles que la voz de mando de Dios es tan majestuosa y debe ser tenida en cuenta por su pueblo igual como su palabra de promesa o su palabra de doctrina. Cuando quiera que habla su voz es majestuosa, sea cual fuere el tono que adopte. ¡Ah! amados, y vienen tiempos cuando Dios hablará palabras que son indudablemente majestuosas—cuando hable y diga: “Levantaos, oh muertos, y sed juzgados”, habrá majestuosidad en esa voz; porque el Hades se abrirá, y las puertas de las tumbas se abrirán de par en par; los espíritus de los muertos se arrojarán nuevamente de carne y los huesos secos volverán a tener vida. Y llegará el momento cuando hablará, llamando a los hombres a comparecer ante su tribunal; y su voz será majestuosa, entonces, cuando diga: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros”, y ¡oh! terrible pensamiento: su voz será tremendamente majestuosa cuando exclame: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles.”

Lo repito. La voz de Dios es majestuosa en todos los distintos niveles de sonido. Aun en su llamado hay diferencia en el sonido de la

voz de Dios; muchos de ustedes fueron llamados suavemente a Cristo, y no parecieron escuchar los truenos del Sinaí, como muchos hijos de Dios; pero sea la voz sonora o suave, siempre es majestuosa.

Y es majestuosa en todas sus manifestaciones. A veces Dios ha escogido a los pobres para expresar su sabiduría por medio de ellos. Si yo voy y escucho predicar a un campesino o un hombre sin letras, que comete muchos errores gramaticales, si lo que predica es la palabra de Dios, “es majestuoso”. Y a veces, cuando un niño dice un versículo de memoria no hemos notado al niño, en razón de la majestuosidad de su voz. De hecho, más humilde el instrumento empleado, más grandiosa la majestuosidad de la voz misma. He notado una tendencia en muchos de despreciar a sus hermanos más pobres, miembros de iglesias más pequeñas, donde hay un pastor más humilde de lo que ellos están acostumbrados a escuchar; pero todo esto es incorrecto, porque la voz de Dios es majestuosa, y él puede hablar tanto por medio de uno como de otro.

III. En último lugar, debo referirme brevemente a la majestuosidad de la voz de Dios CUANDO SE REVELA POR MEDIO DE SUS EFECTOS—cuando va dirigida al corazón del hombre. Fíjense en el salmo, y permítanme referirme brevemente a los hechos aquí mencionados. No los puedo entender literalmente aunque, sin duda, esa fue la intención de David, pero los comprendo espiritualmente. Como comenta el Dr. Hawker: “Sin duda su intención era presentar operaciones de la gracia, al igual que las naturales.”

Primero, la voz del Señor es una voz que quebranta. “Voz de Jehová que quebranta los cedros”. El pecador aun más orgulloso y empedernido es quebrantado delante de él cuando habla. Opino que aun el espíritu de Voltaire, rebelde como era su espíritu y duro como un molino, se hubiera quebrantado en un instante si Dios le hubiera hablado; el corazón más duro aquí presente necesita sólo una sílaba dicha por Dios para quebrantarse en un segundo. Yo podría martillar hasta la eternidad, y no podría hacerlo, pero es la “voz de Jehová” la “que quebranta los cedros” del Líbano.

En segundo lugar, es una voz que mueve, una voz que vence. “E hízolos saltar como becerros; al Líbano y al Sirión como hijos de unicornios.” ¿A quién se le ocurriría mover una montaña? Las montañas son fijas y firmes. Pero la voz de Dios, como habla a Zorobabel, habla también a la montaña, y dice: “¿Quién eres tú, oh gran monte? Delante de Zorobabel serás reducido a llanura.” No hay montaña en este mundo que Dios no pueda arrasar con su voz, ya sean los montes de Roma, o las montañas del falso profeta, o las montañas de colosales sistemas de herejía, o infidelidad, o idolatría. Dios no

tiene más que decir una palabra, y los ídolos caerán de sus tronos y las firmes montañas abatidas saltarán como becerros.

En tercer lugar, la voz de Dios es una voz que divide. “Voz de Jehová que derrama llamas de fuego.” O, como debería decir: “Voz de Jehová que extirpa con llamas de fuego.” Ustedes vieron los relámpagos el viernes, y comentaron entonces, cuando se oyó la voz de Dios, que el relámpago parecía partir las nubes y dividir el cielo. Sucede lo mismo con la palabra de Dios. Dondequiera que se predique fielmente la palabra Dios, y su voz sea oída espiritualmente, siempre será una voz que divide. Traemos todo tipo de personas a la capilla, y la palabra de Dios los parte en dos. Es en este lugar que Dios los divide. Aquí, el Hijo de Dios tiene su trono y juzga. Divide a un hombre del otro; divide a los pecadores de sus pecados; divide a los pecadores de su justicia; corta a través de las nubes y la oscuridad; divide nuestros problemas, abre un camino al cielo para nosotros. De hecho, no hay nada que la voz de Dios no pueda dividir. Es una voz que divide.

Además, la voz del Señor es una voz tan sonora que hace temblar el desierto. “Voz de Jehová que hará temblar el desierto de Cades.” Pónganse en medio de un desierto, y traten de imaginar si podrían hacer que algo oiga. Pero cuando Dios habla, su voz resuena a través del páramo, y asusta al desierto mismo. ¡Ministro de Dios! usted no tiene más que emitir la voz de Dios, y será oído; aun si tiene media docena que lo escuchan, será oído más lejos de lo que usted imagina. Ninguno de nosotros puede predicar un sermón evangélico sin que sea oído y comentado más de lo que nos imaginamos. Sí, ni hay una conversación piadosa con una humilde mujer que no pueda extenderse por todo el mundo y producir los efectos más maravillosos. “Alza tu voz, álzala; no temas; di a las ciudades de Judá, He aquí tu Dios.” Su voz puede ser débil, y su habilidad muy poca, pero levante su voz, y el Dios todopoderoso, por su gracia, puede hacer temblar el desierto, sí, hacer que el propio desierto de Cades tiemble.

Y en el versículo 9 hay otra idea que no debo pasar por alto, aunque posiblemente hubiera preferido hacerlo. “Voz de Dios que hará estar de parto a las ciervas.” Por esto entiendo lo que se creía en la antigüedad –que las ciervas se asustaban tanto de la voz del trueno, que parían prematuramente. Así sucede con la voz de Dios. Si un hombre desea a Cristo, la voz de Dios da vida a ese deseo para el gozo y la alegría de su alma. Y con mucha frecuencia, si un hombre tiene malos designios con respecto a Dios, Dios no tiene más que hablar y sus designios son abortados. Se produce, por así decirlo, antes de tiempo, y cae al suelo como una fruta que no maduró. Sea lo que fuere

que el hombre tenga adentro, Dios puede sacarlo a luz en un instante: si desea a Dios, puede dar vida a su deseo, y dar vida a su alma; y si el deseo es en contra de Dios, Dios puede frustrar ese deseo, matarlo, vencerlo y arrasarlo con él; porque es “La voz de Jehová que hará estar de parto”.

También, la voz de Dios es una voz que desnuda. “Desnudará las breñas”, o sea que desnuda los bosques. Los árboles eran el antiguo escondite de ustedes; pero en el bosque, no importa lo tupido que sea, brilla el relámpago; y bajo los imponentes árboles, no importa lo impenetrable que parezcan, la voz de Dios es oída. La voz de Dios es una voz que desnuda. ¡Ustedes hipócritas! Ustedes se esconden bajo los árboles en el bosque; pero, cuando habla, la voz de Dios les sigue como un trueno. Algunos de ustedes se esconden debajo de ceremonias, vidas rectas, resoluciones y esperanzas; pero la voz de Dios desnudará los bosques; y tengan en cuenta que vendrá el día cuando algunos de ustedes se escondan, o quieran esconderse debajo de rocas y montañas o en las partes más profundas de los bosques, pero cuando él se sienta en su trono, la voz del Señor desnudará los bosques. Quizá se escondan debajo de un viejo roble, o dentro de su tronco, y sientan que están escondidos; pero sus ojos, como bolas de fuego, los verán de lado a lado, y su voz, como la voz del trueno, dirá: “Salga, culpable; salga, hombre, puedo verlo;

‘Mi ojo puede penetrar las sombras, y encontrar su alma tanto en la oscuridad de la medianoche como en el resplandor del mediodía.’

¡Salga, salga!” Y vanos serán entonces sus disfraces, vanos sus subterfugios. “Voz de Jehová que... desnudará las breñas.” ¡Oh! ¡cuánto deseo que Dios les hable a algunos de ustedes esta mañana y desnude sus almas! ¡Quisiera que pusiera al descubierto su condición perdida y sin esperanza, que sin Cristo, cada uno está condenado! ¡Oh que ponga al descubierto para usted qué horrible es su posición si está separado del Salvador; que ponga al descubierto y le haga ver el error de su esperanza legal, y de todas sus experiencias, si no son experiencias aliadas a Cristo! ¡Ruego que ponga al descubierto para usted que todas sus buenas obras caerán al final sobre su cabeza, si las realizó para tener refugio, y que debe presentarse delante de Dios sin nada que lo cubra, descubierto ante Dios quien desnuda los bosques!

Hubiera querido predicarles esta mañana, pero no pude. No obstante, entre la multitud de mis palabras quizá haya algo de la voz apacible de Dios que llegue a su corazón. Y si el resto de ustedes la desprecian, ¿qué importa? La voz de Dios será tan majestuosa en el réprobo como en el escogido; y si es usted echado al infierno, Dios obtendrá tanta gloria de la voz que usted oyó y que rechazó como la

obtiene de su voz que los escogidos oyeron, y ante la cual temblaron y corrieron a Dios. No se crea que su condenación le quitará a Dios nada de su honra. Pues, señores, él puede ser tan glorificado en la destrucción de ustedes como en su salvación. Ustedes no son más que pequeñas criaturas en medio de su gloria. Él puede ensalzarse de la manera que sea. ¡Oh! humíllense ante su amor y su misericordia, y escuchen cuál es el plan de salvación por medio del que Dios produce sus escogidos. “El que en él cree”, cree en esa voz, esa palabra, ese Hijo suyo, “El que en él cree”—no el que oye; “El que en él cree”—no el que meramente tiene esperanza. “El que en él cree y es bautizado será salvo; el que no cree será condenado.” ¡Ah! oyentes, si pudiera yo saltar fuera de mi cuerpo, y pudiera hacer a un lado las debilidades de mi espíritu, entonces creo que podría predicarles; pero aun entonces, sé muy bien que deberá ser la voz de Dios la que habla y por lo tanto, los dejo con estas palabras. ¡Mi Dios! ¡Mi Dios! Salva a éste mi pueblo; en el precioso nombre de Jesús. —Amén y amén.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): influyente pastor bautista inglés que predicaba a 6.000 personas cada Día del Señor en el Tabernáculo Metropolitano en Londres. El predicador más leído de la historia (aparte de los que se encuentran en las Escrituras). En la actualidad, hay en circulación más material escrito por Spurgeon que por ningún otro autor cristiano del pasado y del presente. Nació en Kelvedon, Essex.

EL REGOCIJO DE DIOS EN SU CREACIÓN

John Piper

ME encanta el cuadro que Dios pinta para Job cuando lo interroga acerca de la creación. En Job 38:4-7, Dios pregunta: “¿Dónde estabas cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus bases? ¿O quién puso su piedra angular, cuando las estrellas todas del alba alababan, y se regocijaban todos los hijos de Dios [ángeles]?”

¿Se imagina el cuadro? No había allí ningún ser humano. Por lo tanto, Job debería humillarse a sí mismo y comprender que hay algunas cosas que él (¡y nosotros!) quizá no pueda comprender. Pero al puntualizarle esto, pareciera que Dios no puede dejar de mencionar el sentir del cielo en el momento de la creación. “Se regocijaban todos los

hijos de Dios.” Resulta evidente que todos los ángeles habían sido creados antes que el universo. Y no es difícil ver por qué. Dios quiso que hubiera un público cuando creaba el mundo. Estoy seguro de que dijo: “¡Observen esto!” cuando por su palabra formó las galaxias. Imagínese cómo se habrán asombrado y maravillado los ángeles. Nunca habían visto ni tampoco imaginado la materia. Son todos “espíritus administradores” (Hebreos 1:14), y no tienen cuerpos materiales como nosotros. Cuando Dios creó la materia con toda su increíble variedad y totalmente desconocidas cualidades de la vista y el sonido y el olor y el toque y el gusto, esto era totalmente desconocido para los ángeles. Dios lo había originado todo. No era como develar un cuadro nuevo pintado usando todos los colores y pinturas que todos conocemos. ¡Era absoluta, total e inconcebiblemente nuevo! Y la reacción de los hijos de Dios fue de gran regocijo.

Ahora bien, admito que Dios no dice explícitamente en este texto que él mismo se regocijó. ¿Pero supone usted que Dios se quedó sentado impávido y sin ninguna emoción mientras millones de ángeles santos mostraban su gran regocijo por su creación? De ser ese el caso, algo hubiera andado fuera de onda en el cielo. Creo que Dios le contó a Job acerca del regocijo de “los hijos de Dios” porque los hijos heredan el temperamento de su Padre. Si los hijos finitos se regocijaban por la grandeza y la maravilla de la creación del Padre, puede estar seguro de que el regocijo del Padre tanto en su creación como en el regocijo de los hijos era inmenso.

Ahora la pregunta es: ¿por qué? ¿Por qué deriva Dios placer de su creación?

A menos que sepamos por qué Dios se complace en su creación no podremos arribar a ninguna conclusión clara acerca de lo que este complacerse implica con respecto al valor y la excelencia de Dios.

Trataré de resumir mi respuesta a esta pregunta en cinco afirmaciones basadas principalmente en el Salmo 104 al igual que en otras partes de las Escrituras. Estas cinco afirmaciones acerca de por qué Dios se complace en su creación no constituyen en realidad cinco razones separadas porque se traslapan unas con otras. Pero cada una expresa de un modo un poco distinto la razón básica. Hacer girar en la luz una piedra preciosa ayuda a apreciar su verdadera belleza pues uno la ve desde distintos ángulos.

Lo que el día y la noche proclaman

Primero, Dios se regocija en sus obras porque sus obras expresan su gloria. Veo esto primeramente en el Salmo 104:31.

Sea la gloria de Jehová para siempre; Alégrese Jehová en sus obras.

Lo que muestran estas dos líneas es que Dios disfruta de sus obras porque expresan su gloria. En otras palabras, las dos mitades de este versículo se relacionan algo así: “Entre tanto que la gloria del Señor permanece en sus obras, Dios ciertamente se regocijará en sus obras.” O podría decirse: “Que la gloria del Señor sea para siempre, para que el Señor se regocije en sus obras.”

Creo que el Salmo 19:1, 2 confirma esta idea:

*Los cielos cuentan la gloria de Dios,
Y la expansión denuncia la obra de sus manos.
El un día emite palabra al otro día,
Y la una noche a la otra noche declara sabiduría.*

Resulta claro de que hay un mensaje principal que la creación tiene que comunicar a los seres humanos, a saber, la gloria de Dios. No principalmente la gloria de la creación, sino la gloria de Dios. La gloria de la creación y la gloria de Dios son tan diferentes como lo son un poema de amor y el amor mismo, un cuadro de un paisaje y el paisaje en sí, el anillo y el matrimonio. Sería una gran necedad y una gran tragedia que un hombre amara más el anillo de boda que a su novia. Pero eso es lo que dice Romanos 1:19-23 que ha sucedido. Los seres humanos se han enamorado de la excelencia de Dios en la creación y han perdido la habilidad de escuchar la exclamación original de amor.

“Lo que de Dios se conoce, a ellos es manifiesto; porque Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas; de modo que son inexcusables: porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni dieron gracias; antes se desvanecieron en sus discursos, y el necio corazón de ellos fue entenebrecido. Diciéndose ser sabios, se hicieron fatuos, y trocaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de animales de cuatro pies, y de serpientes.”

El mensaje de la creación es éste: existe un gran Dios de gloria y poder y generosidad detrás de todo este maravilloso universo; usted le pertenece a él; él le tiene paciencia al sustentar su vida rebelde; vuélvase y deposite su esperanza en él y regocíjese usted en él, no en la obra de sus manos. El día emite el “anuncio” de ese mensaje a todos los que escuchen durante el día, hablando con un sol esplendoroso, el cielo azul, las nubes e incontables formas y colores de todas las cosas visibles. La noche emite el “conocimiento” del mismo mensaje a todos

los que escuchen de noche, hablando por medio de los grandes vacíos oscuros, la luna de verano, las estrellas sin cuenta, los sonidos extraños, las brisas frescas y las luces boreales. El día y la noche están diciendo una sola cosa: ¡Dios es glorioso! ¡Dios es glorioso! ¡Dios es glorioso!

Esta es la razón más básica por la cual Dios se deleita en su creación. En la creación, ve el reflejo de su propia gloria. Por esto no es un idólatra cuando se complace en la obra de sus manos.

La creación y Cristo

¿Pero qué acerca del Hijo de Dios? ¿Significa esto que la creación compite con el Hijo por el afecto del Padre? Recuerde que también el Hijo es llamado el resplandor de la gloria de Dios (Hebreos 1:3). ¿Se complace Dios en parte en su Hijo y en parte en la creación? ¿Le quita la creación al Hijo algo de la complacencia del Padre? ¿Debería el Hijo sentirse celoso de la creación?

No. Antes de la creación, el Padre y el Hijo se regocijaban el uno en el otro con sobreabundante satisfacción. Cuando llegó el momento de hacer la creación, la Biblia dice que tanto el Padre como el Hijo estaban activos en la obra de creación. El Padre no se había cansado del Hijo y decidió crear otro placer para compensar el desencanto con su Hijo. Esto lo muestra claramente la Biblia:

“Nosotros... no tenemos más de un Dios, el Padre, del cual son todas las cosas, y nosotros en él: y un Señor Jesucristo, por el cual son todas las cosas, y nosotros por él.” (1 Corintios 8:6)

“Por él [Cristo] fueron criadas todas las cosas.” (Colosenses 1:16)

“En estos postreros días nos ha hablado [Dios] por el Hijo, al cual constituyó heredero de todo, por el cual asimismo hizo el universo.” (Hebreos 1:2)

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que es hecho, fue hecho.” (Juan 1:1, 3)

En otras palabras, la obra de la creación no fue meramente la obra del Padre como si hubiera tenido que satisfacer una necesidad que el Hijo no llenaba. Ni fue la creación meramente la obra del Hijo como si hubiera tenido que satisfacer alguna necesidad que el Padre no llenaba. En cambio, fue la obra de los dos juntos. Y el impulso no por su la falta de regocijo sino el rebasarse del gozo mutuo. Jonathan Edwards lo expresa así: “De seguro que no es un argumento a favor de la vaciedad o deficiencia de una fuente, cuando ésta tiende a rebasarse.” Si alguien preguntara si Dios era menos feliz antes de que el Padre y el Hijo derramaran su gozosa energía creativa, Edwards

responde: “Aunque estas comunicaciones de Dios [en la creación] – estos ejercicios, operaciones y expresiones de sus gloriosas perfecciones, en las cuales se regocija Dios – pertenecen al tiempo; su gozo en ellas no tienen ni principio ni cambio. Siempre estuvieron presentes en su mente divina.”

Cuando la Biblia enseña que la creación expresa la gloria de Dios, no hemos de pensar meramente en la gloria del Padre o la gloria del Hijo, sino en la gloria que comparten. Y la gloria que comparten es ese gozo mutuo desbordante en las perfecciones del uno y del otro. Así que la creación es una expresión del desbordamiento de esa vida y ese gozo que el Padre y el Hijo tienen el uno en el otro. No hay competencia ni celos en la Deidad. El Hijo y el Padre son igualmente glorificados en la creación, porque la creación es el desbordamiento de la complacencia que uno tiene en el otro.

Por lo tanto, la primera y más básica afirmación que podemos hacer acerca de por qué Dios se regocija en su obra de creación es que la creación es una expresión de su gloria.

Ningún ser humano oye las alabanzas de las profundidades

Segundo, Dios se regocija en las obras de la creación porque éstas lo alaban. En el Salmo 148, el salmista llama a la creación misma a alabar al Señor:

*Alabadle, sol y luna; Alabadle, vosotras todas, lucientes estrellas.
Alabadle, cielos de los cielos, Y las aguas que están sobre los cielos.
Alaben el nombre de Jehová; Porque él mandó, y fueron criadas.
Alabad a Jehová, de la tierra Los dragones y todos los abismos
(versículos 3-5,7).*

También en el Salmo 103:22 David exclama:

Benedicid a Jehová, vosotras todas sus obras, En todos los lugares de su señorío.

¿Qué significa esto? Podemos decir que el sol, la luna y las estrellas alaban a Dios al ofrecernos un testimonio acerca de Dios. Eso sería cierto, como acabamos de ver (Romanos 1:19-23). Pero, ¿qué del Salmo 148:7? “Alabad a Jehová, de la tierra los dragones y todos los abismos.” ¿Qué ser humano está en el abismo para escuchar su alabanza?

Uno de mis poemas favoritos es “Elegía escrita en cementerio de campo” escrito por Thomas Gray en 1751. Una de las estrofas dice:

*Cuánta gema del más puro sereno resplandor,
Las tenebrosas y desconocidas cuevas del mar contienen;
Cuántas flores nacen sin que nadie vea su esplendor,
y su dulzura en el aire del desierto se pierden.*

¡A Gray lo había conmovido el pensamiento de que en el fondo del océano había hermosas gemas que ningún ojo humano jamás contemplaría, y que en los distantes desiertos florecerían millones de flores, llenas de vívidos colores, dando una dulce fragancia, flores que nunca serían tocadas ni vistas ni su aroma sentido por nadie más que Dios!

Parece que Dios quería que Job pensara precisamente en eso. Le preguntó: “¿Has entrado tú hasta los profundos de la mar, y has andado escudriñando el abismo?...¿Quién repartió conducto al turbión, y camino a los relámpagos y truenos, haciendo llover sobre la tierra deshabitada, sobre el desierto, donde no hay hombre...? ¿Sabes tú el tiempo en que paren las cabras monteses? ¿O miraste tú las ciervas cuando están pariendo? (Job 38:16, 25, 26; 39:4). En otras palabras, Dios estaba afirmando que sólo él ve los abismos del océano y trae lluvia al desierto donde no hay ningún hombre, y está atento, como una partera, cuando nace cada cabra montés y ciervo salvaje.

Esto es lo que inspira al salmista en el Salmo 148:7: “Alabad a Jehová, de la tierra los dragones y todos los abismos.” ¡Ni siquiera sabe qué hay en los abismos! Así que la alabanza en los abismos no es meramente lo que pueden testificar al hombre. La creación alaba a Dios siendo simplemente lo que fue creada para ser en toda su increíble variedad. Y como la mayor parte de la creación escapa a la percepción del ser humano (en las inmensidades del espacio, y en la altura de las montañas y en el fondo del mar) no fue creada meramente para propósitos que tienen que ver con nosotros. Fue creada para el deleite de Dios.

“Ranger Rick”* es una revista teológica

Tengo una confesión que hacer. “Ranger Rick” es una de mis revistas favoritas. Cuando llega a casa dirigida a “Los muchachos Piper”, yo soy el primer “muchacho” de la familia Piper que se acomoda en el sillón para leerla. La razón es sencilla: a pesar de ser innecesariamente parcial a la teoría de la evolución, inspira en mí más alabanzas que la mayoría de las demás revistas. Es un registro mensual de los descubrimientos humanos de fenómenos increíbles de la naturaleza que hasta hace poco habían sido disfrutados únicamente por Dios durante miles de años.

Por ejemplo, leí de la araña acuática europea que vive en el fondo de un lago, pero respira aire. Sube a la superficie del agua, hace una voltereta y atrapa una burbuja de aire. Luego sostiene la burbuja sobre los agujeros para respirar que tiene en el medio de su cuerpo, mientras nada al fondo de lago y teje una telaraña entre las algas. Vuelve a subir

y lleva al fondo una burbuja tras otra hasta haber formado un globito de aire bajo su telaraña donde puede vivir, comer y procrearse. Cuando leí esto, no pude menos que tener un momento de adoración sentado en el sillón de la sala. ¿No le hace dar ganas de exclamar: “¡Cuán muchas son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría: la tierra está llena de tus beneficios.” (Salmo 104:24)?

Me quedo allí sentado boquiabierto, y pienso que Dios sonrío y dice: “Si, John, y yo he estado disfrutando de este pequeño dechado de arte desde antes de la época de Abraham. ¡Si supieras cuántos millones de maravillas existen más allá de tu vista que yo contemplo con alegría cada día!”

Considere los monstruos marinos que virtualmente nunca vemos. El Salmo 104:25, 26 dice: “Asimismo esta gran mar y ancha de términos: en ella pescados sin número, animales pequeños y grandes. Allí andan navíos; allí este leviathán que hiciste para que jugase en ella.”

¿Por qué creó Dios grandes monstruos marinos? Simplemente para que jueguen, para que se diviertan en el océano donde nadie puede verlos, excepto Dios. El océano repleto de vida declara la gloria de Dios, lo alaba a mil millas de cualquier ojo humano. Esa es la segunda razón por la cual Dios se regocija en sus obras.

Sabiduría que sobrepasa toda comprensión

Tercero, Dios se regocija en las obras de la creación porque revelan su sabiduría incomparable: Éste es el punto principal del Salmo 104:24: “¡Cuán muchas son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría: La tierra está llena de tus beneficios.”

“¡Hiciste todas ellas con sabiduría!” En otras palabras, el Señor se deleita en las expresiones de su sabiduría. Este universo es una obra maestra de sabiduría y orden. O si considera usted sólo una parte de él, como el cuerpo humano –¡qué obra maravillosa de conocimiento y sabiduría! ¿Quién puede comprender el cerebro humano y el misterio de cómo la mente y el cuerpo funcionan juntos? Sea que busque usted cerca o lejos, sea que busque grandeza o pequeñeces, las maravillas de la naturaleza dejan estupefacta a la mente que nota la sabiduría entretejida entre todas las cosas.

¿Sabía usted que hay diez mil especies conocidas de diatomeas? En una cucharadita de agua común de un lago puede haber un millón de estas diminutas plantas invisibles. ¿Y qué están haciendo mientras entretienen a Dios con su hermosura microscópica? (¡Sé que son hermosas porque “Ranger Rick” publicó fotografías ampliadas a todo color!) ¿Qué están haciendo? ¡Están haciendo toneladas y toneladas de

oxígeno para que los animales en el agua puedan respirar! ¡El mundo está lleno de la sabiduría de Dios!

¡Cuán muchas son tus obras, oh Jehová!

Hiciste todas ellas con sabiduría:

La tierra está llena de tus beneficios.

El salmista se maravillaba por el modo en que todo obra conjuntamente con tanta sabiduría.

El que hace producir el heno para las bestias,

Y la hierba para el servicio del hombre;

Sacando el pan de la tierra. (Salmo 104:14)

Qué experiencia maravillosa es cuando Dios nos favorece con un momento en que no damos nada por hecho, sino que vemos el mundo como si hubiera sido inventado ayer. Cómo nos maravillamos ante la sabiduría de Dios. Deberíamos orar pidiendo tener nuevamente los ojos de un niño, cuando ve todo por primera vez. William Quayle me hizo recordar esto recientemente en su interesante libro, *The Pastor Preacher* (El pastor predicador). Escribió: “La vaca tiene ojos lindos, mansos como un remanso de agua, pero ojos poco interesantes. No hay ni un reflejo de maravilla en su profundidad sin sueños. Por lo tanto, los ojos no tienen alma. Los ojos del niño son como hermosos relámpagos. Son para ver cosas: son las ventanas del cerebro, y sorprenden como un juego de espadas de fuego.” Estos son los ojos que necesitamos para ver la sabiduría sin fin de Dios en todas las cosas del mundo. Nunca comprenderemos todo lo que hay que comprender acerca de Dios. Estaremos descubriendo cosas nuevas por toda la eternidad.

*¿No has sabido, no has oído que el Dios del Siglo es Jehová,
el cual crió los términos de la tierra?*

*No se trabaja, ni se fatiga con cansancio,
y su entendimiento no hay quien lo alcance (Isaías 40:28).*

Poder sin igual

Cuarto, Dios se regocija en las obras de la creación porque revelan su poder incomparable. En Isaías 40:26, Isaías contempla el cielo lleno de estrellas —quizá una noche como la que yo recuerdo en una montaña en Utah en septiembre de 1968, cuando el cielo era literalmente una cortina de luz, y no se podía distinguir una estrella de la otra—mira el cielo y dice:

Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién crió estas cosas:

*él saca por cuenta su ejército: a todas llama por sus nombres: ninguna faltará:
tal es la grandeza de su fuerza, y su poder y virtud.*

Si Isaías se sentía anonadado ante el poder de Dios de crear y darle nombre y sustentar cada estrella en el cielo que él podía ver, ¿cómo lo adoraría hoy si le mostraran que la más cercana de estas estrellas en su cielo, Alpha Centauri y Proxima Centauri se encuentran a una distancia de veintitrés millones de millones de millas? ¿Cómo lo adoraría si supiera que lo que veía en su cielo nocturno era un pequeño trocito de nuestra galaxia que tiene a cien mil millones de estrellas, y que más allá de nuestra galaxia hay millones de galaxias más?

Pareciera que en esta época Dios está disfrutando de mantener a los astrónomos asombrados y en constante expectativa ante nuevos vislumbres de su poder. En el otoño de 1989, los periódicos reportaron el descubrimiento hecho por dos astrónomos de la Universidad de Harvard. Se trata de una “Gran muralla” de galaxias que se extiende por cientos de millones de años luz cruzando de lado a lado la parte conocida del universo. La muralla supuestamente es de un largo de quinientos millones de años luz, de un ancho de docientos millones de años luz, y de un grosor de 15 millones de años luz. Por si ya no recuerda las lecciones de astronomía en el colegio, un año luz es casi 6.000.000.000.000 de millas. Esta Gran muralla consiste de más de quince mil galaxias, cada una con millones de estrellas, y fue descrita como “la estructura coherente más enorme observada hasta ahora en la naturaleza”

Digo “fue descrita” porque tres meses después, en febrero de 1990, Dios abrió otra ventanilla para que el ser humano, tan pequeño, se volviera a maravillar. Los periódicos reportaron que astrónomos habían descubierto más de una docena de grupos de galaxias uniformemente distribuidas a lo largo de vastas expansiones de los cielos, sugiriendo una estructura del universo que es tan regular e inmensa que desafía las teorías actuales de los orígenes del cosmos. El patrón de materia galáctica recientemente descubierto dejó atrás por mucho la larga expansión de galaxias, llamada “gran muralla” (¡ahora sin mayúscula!) que fue reportada en noviembre de 1989 como la estructura más grande del universo. Ahora dicen que la gran muralla es, en realidad sólo uno de estos grupos, o regiones, que contienen muy altas concentraciones de galaxias.

¡Qué es este universo sino la demostración espléndida de la increíble, incomparable, imposible de imaginar exuberancia, sabiduría, poder y grandeza de Dios! ¡Qué Dios ha de ser!

Dios y sólo Dios

Quinto, Dios se regocija en las obras de la creación porque ellas nos señalan más allá de nosotros mismos a Dios mismo. Dios quiere que

nos quedemos estupefactos y que nos maravillenos ante su obra de creación. Pero no por ella misma. Dios quiere que miremos su creación y que digamos: Si la mera obra de sus dedos (¡sólo sus dedos! Salmo 8:3) está tan llena de sabiduría, poder, grandeza, majestad y belleza, ¡cómo será este Dios en sí mismo!

Éstas son la parte trasera de su gloria, por así decir, vistas oscuramente a través de un vidrio. ¿Cómo será ver al propio Creador? ¡No a sus obras! Mil millones de galaxias no pueden satisfacer el alma humana. Dios y sólo Dios logra la plenitud del alma. Jonathan Edwards lo expresó así:

Disfrutar de Dios es la única felicidad con la que puede satisfacerse nuestra alma. Ir al cielo, disfrutar plenamente a Dios, es infinitamente mejor que las mejores comodidades aquí... [Éstas] son sólo sombras; pero Dios es la sustancia. Éstas son sólo rayos dispersos; pero Dios es el sol. Éstas son sólo arroyuelos; pero Dios es el océano.

Por esto el Salmo 104 concluye de esta manera, enfocando a Dios mismo:

*Sea la gloria de Jehová para siempre; Alégrese Jehová en sus obras.
Él mira a la tierra, y ella tiembla; Toca los montes y humean.
A Jehová cantaré en mi vida; A mi Dios cantaré salmos mientras viva.
Dulce será mi meditación en él; Yo me regocijaré en Jehová (vv.31-34).*

El final no serán los mares o las montañas o los desfiladeros o las arañas acuáticas o las nubes o las grandes galaxias los que llenen nuestro corazón de modo que irrumpa maravillado en expresiones de alabanza eterna. Será Dios mismo. Por esto Dios se complace en su creación. Es el desborde de satisfacción que Dios el Padre y Dios el Hijo tienen el uno en el otro que se expresa en la revelación y proclamación de la gloria de Dios día y noche.

EL REFUGIO DEL JUSTO

John Flavel (c. 1630-1691)

OBSERVEMOS por lo tanto nuestros aposentos, y veamos hasta dónde ha provisto Dios lo que sus hijos necesitan en todas las aflicciones que les llegan en este mundo; es la voz de nuestro Padre la que nos llama: “Anda, pueblo mío, éntrate en tus aposentos”. Y el Aposento que se abre como un refugio para el creyente afligido en el día de tormenta, es el atributo más seguro y digno de confianza de poder divino: Entremos en él por medio de nuestra meditación seria y

llena de fe, y comprobemos lo seguro que están aquellos a quienes Dios cobija bajo su protección, en los días peores y más peligrosos. Al enfocar este atributo, lo consideraremos,

1. En su propia naturaleza y las propiedades que posee.
2. En la extensión de sus operaciones.
3. Con respecto a sus promesas.
4. Según la activa su providencia en beneficio de los santos afligidos.

Y luego presentaremos las buenas perspectivas de los que deciden, por fe, refugiarse en este atributo de Dios, de encontrarse en una condición segura y feliz.

1. Consideremos el poder de Dios en sí mismo, tal como nos lo presenta las Escrituras, en estas tres hermosas cualidades, a saber: (1) omnipotente; (2) supremo; (3) eterno.

(1) Como un poder omnipotente y omni suficiente, que no tiene más límites que agradar a Dios y hacer su voluntad, (Dan. 4:35). “Y en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, hace según su voluntad: ni hay quien estorbe su mano, y le diga: ¿Qué haces?” Por lo tanto, “Todo lo que quiso Jehová, ha hecho en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos” (Sal. 135:6). La complacencia divina es la única regla según el poder divino que se manifiesta en el mundo; por lo tanto, no hemos de limitarlo o refrenarlo en nuestros pensamientos estrechos y superficiales pensando en esto o aquello en que el poder de Dios podría ayudarnos o podría conseguirnos, sino creer que él puede hacer todo mucho más abundantemente de lo que podemos pedir o pensar. Fue de esta manera que los que confiaban (Dan. 3:17) por fe exaltaron el poder de Dios por sobre el orden y las reglas comunes de causas secundarias. “Nuestro Dios a quien honramos, puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos libraré.” Su fe descansaba en el poder omnipotente de Dios, esperaban ser librados de una forma extraordinaria. Ésta no es una regla permanente sobre la base de la cual ponemos en práctica nuestra fe; ni tenemos razón para esperar tales milagros salvadores, pero aun así, cuando nos presionan dificultades extraordinarias, y los medios de liberación se han cerrado, debemos por fe exaltar la omnipotencia de Dios, adjudicándole a él la gloria, y ponernos en sus manos para que haga su voluntad, sin querer circunscribir su poder ilimitado al molde de nuestros pobres insignificantes pensamientos y afanes: porque el Señor mismo dirige nuestra fe en casos difíciles. “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isa. 55:8, 9). Habla allí

de su misericordia perdonadora que no dejará que su pueblo constriña y limite al molde y plataforma de sus propios pensamientos desesperanzados, recelosos e incrédulos; sino para exaltarla y glorificarla según su plenitud infinita. Tal como es la voluntad de Dios, la fuente de esa misericordia; así debe ser con respecto a su poder, del cual sus pensamientos y los nuestros difieren en gran manera; el poder de Dios tal como lo echamos en el molde de nuestros pensamientos difiere en gran manera y desmesuradamente de los pensamientos de Dios, su fuente, tanto como difieren la tierra y los cielos, la primera sólo un punto insignificante en comparación con éstos.

(2) El poder de Dios es un poder supremo y soberano, del cual proceden todos los poderes de las criaturas, y por el cual son vencidos, restringidos y limitados según su voluntad. Nabucodonosor fue un gran monarca, gobernó sobre otros reyes, no obstante, fue de Dios quien obtuvo su trono; fue Dios quien le colocó no sólo la corona sobre su cabeza, sino su cabeza sobre sus hombros: “Tú, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, potencia, y fortaleza, y majestad” (Dan. 2:37). Por lo tanto se deduce que ninguna criatura puede mover su lengua o mano contra nadie del pueblo de Dios, sin una comisión o un permiso de su Dios, aunque no lo crean. “¿No sabes”, le dijo Pilato a Cristo, “que tengo poder para crucificarte y poder para ponerte en libertad?” ¡Gusano orgulloso! ¡Qué alarde ignorante e insolente de su poder! ¿Y cómo lo arruina y lo avergüenza Jesús con su respuesta? “Ninguna potestad tendrías contra mí, si no te fuese dado de arriba” (Juan 19:11).

Los hombres malignos, como caballos salvajes, atropellarían y aplastarían a todo el pueblo de Dios en el mundo, si no fuera que el freno de la Providencia Divina los detuviera: “He aquí que los príncipes de Israel, cada uno según su poder, fueron en ti para derramar sangre” (Eze. 22:6). Y era bueno para la Israel de Dios que el poder de ellos no fuera tan grande como hacer lo que querían hacer; este mundo es un mar rugiente y embravecido, que zarandea a los pasajeros que lo navegan rumbo al cielo, pero éste es su consuelo y su seguridad: “El [Señor] que amansa el estruendo de los mares, el estruendo de sus ondas, y el alboroto de las gentes” (Sal. 65:7). Las ondas morales, al igual que las naturales, son controladas y limitadas por el poder divino: “Ciertamente la ira del hombre te acarreará alabanza: tú reprimirás el resto de las iras” (Sal. 76:10), del mismo modo como el hombre deja pasar por la acequia el agua suficiente para hacer andar el molino, pero desvía el resto hacia otro desagüe.

Sí, no sólo el poder del hombre sino también el poder de los demonios es restringido y limitado por este poder: “El diablo ha de enviar algunos de vosotros a la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación de diez días” (Apoc. 3:10). Si fuera por Satanás los echaría en sus fosas, sí, en el infierno si pudiera, pero sólo puede echarlos en una prisión: Él los hubiera tenido en prisión hasta que murieran y se pudrieran allí, pero sólo puede hacerlo por diez días. ¡Oh glorioso poder soberano, que de este modo conserva las riendas del gobierno en su propia mano!

(3) El poder de Dios es un poder eterno; el tiempo no lo debilita ni lo reduce, como sucede con todos los poderes terrenales, “Dios... no trabaja, ni se fatiga con cansancio” (Isa. 40:28). “No se ha acortado la mano de Jehová” (Isa. 59:1). Tiene tanto poder ahora como siempre, y puede hacer por su pueblo ahora todo lo que ha hecho siempre; el tiempo deteriora el poder de la criatura más fuerte, y lo desgasta y debilita; pero el Creador de los confines de la tierra no desmaya. “Mas tú eres el mismo [dice el salmista], y tus años no se acabarán” (Sal. 102:27). La fuerza de Dios no se gasta en su obrar, él puede hacer tanto por su iglesia ahora como siempre lo hizo, puede volver a dar las liberaciones gloriosas que siempre dio a su pueblo desde el principio del mundo; puede hacer tanto por su iglesia ahora, como lo hizo en el Mar Rojo, y sobre esta premisa la iglesia basa su súplica; “Despiértate, despiértate, vístete de fortaleza, oh brazo de Jehová; despiértate como en el tiempo antiguo, en los siglos pasados. ¿No eres tú el que cortó a Rahab, y el que hirió al dragón?” (Isa. 51:9). Señor, ¿por qué no habría de esperar tu pueblo hoy las gloriosas producciones de tu poder, como cualquiera de las que hiciste en épocas pasadas?

2. Consideremos el poder de Dios en la vasta extensión de sus operaciones, y veremos que obra más allá de los límites: (1) Del poder humano, (2) De las expectativas humanas, (3) De las probabilidades humanas.

(1) Más allá del poder de todo poder creado, aun de los corazones, los pensamientos y las mentes de los hombres, donde ninguna criatura tiene jurisdicción. Fue así (Gén. 31:29) que Dios controló el espíritu de Labán, y lo calmó hacia Jacob. Así que: “Hizo asimismo tuviesen de ellos misericordia todos los que los tenían cautivos” (Sal. 106:46). Fue lo que Dios prometió a Jeremías: “Haré que el enemigo te salga a recibir en el tiempo trabajoso” (Jer. 15:11). Este poder de Dios ablanda el corazón de los enemigos más fieros y crueles, y endulza el espíritu de los enemigos de su pueblo más contumaces y furiosos.

(2) Más allá de los límites de todas las expectativas humanas, “[Dios] es poderoso para hacer todas las cosas mucho más

abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (Ef. 3:20). Él las hace en el terreno espiritual, tal como lo indican esas dos famosas parábolas: “Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros... Mas el padre dijo a sus siervos: Sacad el principal vestido, y vestidle, y poned un anillo en su mano, y zapatos en sus pies” (Lucas 15:19, 22). El hijo pródigo deseó ser sólo como uno de los siervos, pero en cambio, mataron el becerro engordado en su honor, e hicieron fiesta y le pusieron el anillo de oro en el dedo. Y en Mateo 18:26, 27, lo único que deseaba el deudor era paciencia, pero el acreedor le perdonó la deuda. ¡Oh!—puede pensar el pobre pecador humillado—que pudiera tener yo apenas un vislumbre de esperanza, ¡qué dulce sería! Pero Dios le da más de lo que espera, el claro resplandor de la seguridad. Y es así también en lo terrenal, la iglesia confiesa que el Señor hizo cosas que no esperaban (Isa. 64:3) Y tanto en lo espiritual como en lo terrenal su poder obra en una órbita más elevada que nuestros pensamientos: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isa. 55:8, 9). La tierra no es más que un decir para los cielos; todos sus más altos cedros, montañas y pirámides no lo pueden alcanzar: Él habla, como ya hemos dicho, de los pensamientos de lástima, perdón y misericordia de Dios, y muestra que ninguna criatura puede pensar acerca de Dios como él piensa de la criatura bajo el pecado, o sufriendo desventuras; nuestros pensamientos no son sus pensamientos; en primer lugar, simplemente meditando no podemos pensar tales pensamientos hacia otros desventurados, teniéndoles tal lástima; ni podemos tener pensamientos perdonadores hacia los que han pecado contra nosotros como los tiene Dios. Ni, en segundo lugar, son nuestros pensamientos como los de él en lo que respecta a una comprensión reflexiva; o sea que no podemos concebir ni comprender los pensamientos de Dios hacia nosotros; cuando caemos en pecado o en alguna desventura, en cuanto piensa en ellos, nuestros propios pensamientos son alterados, envilecidos y constreñidos en cuanto se nos ocurren. Vea un ejemplo excelente en “No pensaba yo ver tu rostro, y he aquí Dios me ha hecho ver también tu simiente” (Gén. 48:11). Qué providencia asombrosa; y es así que el poder divino obra en una esfera superior a todos los pensamientos, oraciones y expectativas de los hombres.

(3) Obra más allá de todas las probabilidades y conjeturas racionales de los hombres. Este poder del Todopoderoso ha creado liberaciones para el pueblo de Dios cuando las cosas tocan fondo, y todos los

medios de salvación desaparecen. Tenemos muchos ejemplos de esto en las Escrituras donde podemos ver una gradación admirable en las obras de su poder infinito. Dice 2 Reyes 14:26: “Por cuanto Jehová miró la muy amarga aflicción de Israel; que no había guardado ni desamparado, ni quien diese ayuda a Israel.” ¡Qué estado deplorable! ¡Qué inevitable era su ruina, según la perspectiva de ellos! Bien podía llamarse una aflicción amarga; no obstante, del poder cercano surgió para ellos una salvación dulce e inesperada (v. 27). Y si observamos 2 Corintios 1:9, 10 encontramos a los apóstoles y a los cristianos más selectos de aquella época, dándose por vencidos como hombres perdidos; habiendo desaparecido toda salida, porque eso es lo que, en suma, significan las palabras “Tuvimos en nosotros mismos respuesta de muerte”, o sea que nos dimos por muertos. Pero aunque estaban sentenciados a muerte, sí, aunque se habían sentenciado a sí mismos, este poder, que es muy superior a todos los pensamientos y conjeturas racionales de ellos, los indultó. Y aún más, en Ezequiel 37:4-7 el pueblo de Dios es representado como muerte, sí, tan totalmente es improbable su recuperación, como si estuvieran en sus tumbas, sí, como si ya se hubieran podrido en sus tumbas, y sus huesos se hubieran secado, como los de los que han muerto hace tiempo. No obstante, por la obra de este poder infinito, volvieron a tener el hálito de vida, los huesos cobraron vida y se levantaron como un gran ejército; fue el obrar de su poder por sobre los pensamientos del corazón del hombre que dio pie a aquel proverbio famoso: “En el monte de Jehová será provisto” (Gén. 22:14). Y la base de aquella famosa promesa: “Al tiempo de la tarde habrá luz” (Zac. 14:7). La luz brillará sorpresivamente, cuando todos los hombres según el orden natural, no esperan nada más que mayor oscuridad. ¡Cuán extenso es el poder de Dios en sus gloriosas operaciones!

3. Consideremos el poder de Dios en relación con las promesas, pues éste es nuestro santuario en el día de aflicción; si el poder de Dios es el aposento, las promesas de Dios son la llave de oro que la abre. Y si consultamos las Escrituras con respecto a este asunto, encontraremos que el poder infinito de Dios está a disposición de su pueblo por medio de sus promesas, para muchos fines y usos excelentes en el día de sus aflicciones. A saber:

(1) Para levantarlos y sostenerlos cuando sus propias fuerzas fallan, “No temas, que yo soy contigo, no desmayes, que yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Isa. 41:10). ¡Y qué santo no ha sentido estos brazos eternos sosteniendo su espíritu cuando las aflicciones han sobrepasado sus propias fuerzas! Tal es la promesa a Pablo en 2 Corintios 12:9,

“Bástate mi gracia; porque mi potencia en la flaqueza se perfecciona”. Se manifiesta en nuestras flaquezas. Nuestra flaqueza no agrega nada al poder de Dios, no lo hace perfecto sino que aumenta la posibilidad de que la descubramos, y que se manifieste más significativa y conspicuamente en nuestras debilidades; tal como las estrellas que brillan tan gloriosamente en las noches más oscuras.

(2) A fin de preservarlos en todos sus peligros a los cuales están expuestos en su alma y cuerpo: “Sois guardados por el poder de Dios [dice el apóstol]” (1 Pedro 1:5). Guardados como en una guarnición; ésta es su arma cada mañana porque: “Oh Jehová, ten misericordia de nosotros, a ti hemos esperado: tú, brazo de ellos en la mañana, sé también nuestra salud en tiempo de la tribulación” (Isa. 33:2). El brazo es el miembro adecuado para defender el cuerpo, y con este fin fue dado por el Dios de la naturaleza, para poder defender cada parte sobre él y debajo de él; pero es como si estuviera atado detrás de la espalda, por la ayuda que nos puede dar en algunos casos: Es el brazo de Dios el que nos defiende, y no el nuestro. Este poder invisible de Dios es lo que hace que los santos sean la maravilla del mundo, “Como prodigio he sido a muchos, y tú eres mi refugio fuerte” (Sal. 71:7). Ver a las pobres indefensas criaturas preservadas en medio de enemigos furiosos, esto es motivo de maravilla; pero siendo Dios su refugio invisible, explica el prodigio; para este fin el poder de Dios promete y se compromete con su pueblo: “Yo Jehová la guardo, cada momento la regaré; guardaréla de noche y de día, porque nadie la visite” (Isa. 27:3). Y de esta manera subsisten en medio de peligros y tribulaciones; tal como lo hizo la zarza ardiente (el emblema de la iglesia) en medio de llamas devoradoras, (Exo. 3:3).

(3) A fin de librarlos de sus sufrimientos; esto dice la promesa: “Por cuanto en mí ha puesto su voluntad, yo también lo libraré: pondrélo en alto, por cuanto ha conocido mi nombre. Me invocará, y yo le responderé: con él estaré yo en la angustia: lo libraré y le glorificaré” (Sal. 91:14, 15). Y “¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él: tiempo de angustia para Jacob; mas de ella será librado” (Jer. 30:7). Y ciertamente no puede haber sufrimiento tan grande, ni caso de creyentes tan desanimados que no

a. Sea fácil para Dios salvarlos de sus sufrimientos. ¿Están, según sus sentidos, tan sin esperanza como los hombres en las tumbas? Pero, vea: “He aquí, yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío, y os haré subir de vuestras sepulturas, y os traeré a la tierra de Israel.” (Eze. 37:12) Y lo que sea que hace lo hace con facilidad, con una palabra: “Tú, oh Dios, eres mi rey: manda saludes a Jacob” (Sal. 44:4). Y no requiere un

gesto más violento para hacerlo que el que el nadador hace para nadar (Isa. 25:11). Una moción suave y tranquila de su mano lo logra.

b. Puede salvar solo, sin ninguna contribución de ayuda humana, tal es la excelencia de su poder liberador. Así lo dice Isa. 59:16: “Y vio que no había hombre, y maravillóse que no hubiera quien se interpusiese; y salvólo su brazo, y afirmólo su misma justicia.” Leemos en Jueces 5:23 acerca de ayudar al Señor, pero eso no es porque la necesite, sino porque era el deber de su pueblo; nosotros tenemos una necesidad constante de Dios, pero él no nos necesita a nosotros: él usa instrumentos, pero no por necesidad, su brazo solo puede salvarnos, por más grande que sea el peligro o más remotos los medios de liberaciones visibles.

c. Una vez más, consideremos este aposento de poder divino, en la forma que es abierto continuamente por la mano de la Providencia, para recibir y guardar al pueblo de Dios en medio de todos sus peligros. Ha sido dicho: “Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para corroborar a los que tienen corazón perfecto para con él” (2 Crón. 16:9). Aquí vemos una descripción excelente de lo inmediata, universal y eficaz que es la Divina Providencia, en cómo usa y aplica este poder divino para guardar y defender al pueblo bajo su tutela; no sólo envía ángeles para que los protejan, sino que sus propios ojos los guardan, aun esos siete ojos mencionados de la providencia, (Zac. 3:9) que nunca duermen; porque, según dicen las Escrituras, recorren continuamente la tierra, no sólo este o aquel lugar particular, ni para beneficio de personas más eminentes y excelentes; sino toda la tierra. Es una Providencia que todo lo abarca y envuelve, aquella que tiene sus ojos puestos en todos los corazones justos, todos los santos bajo su cuidado y protección; los ojos de la Providencia descubren todos sus peligros, y su brazo los defiende manifestándose con poder para beneficio de ellos.

El secreto de la eficacia todopoderosa de la Providencia se describe excelentemente también en Ezequiel 1:8 donde dice que los ángeles tenían manos debajo de sus alas, obrando secreta e invisiblemente, pero muy eficazmente, a favor de los santos a su cargo. Es semejante a lo que afirma Habacuc 3:4 donde dice que Dios “Rayos brillantes salían de su mano, y allí estaba escondida su fortaleza.” La mano es el instrumento de acción, denotando el poder activo de Dios, y los rayos que salen de ellas son rayos gloriosos de ese poder que brilla en la salvación de su pueblo. Oh que pudiéramos asolearnos en esos rayos alegres y estimulantes de poder divino, por medio de considerar cuán gloriosamente han irrumpido y brillado para salvación de su pueblo de todas las épocas. Así fue para Israel en el Mar Rojo (Éxo. 15:6). Así fue

para Josafat en la situación desesperante en que se encontraba (2 Crón. 20:12, 15). Así fue en la época de Ezequías (2 Reyes 19:3, 7). Sí, en todas las edades desde el principio del mundo los santos han sido protegidos bajo estas alas de poder divino (Isa. 51:9, 10). De esta manera, la Providencia ha amueblado y adornado este aposento de poder divino con las fascinantes historias de cómo éste ha preservado a la iglesia de múltiples maneras.

Habiendo considerado brevemente este glorioso aposento del poder de Dios totalmente en sí mismo, y también con relación a sus promesas y providencias, me resta ahora instar y persuadir a todo el pueblo de Dios en medio de sus temores y peligros, según la generosa invitación de Dios, que entren en él, que cierren las puertas y contemplen con placer este glorioso atributo obrando en ellos en medio de todas sus emergencias y tribulaciones.

(1) Entren en este aposento de poder divino, todos los que temen al Señor, y escóndanse allí en esos días peligrosos y de sufrimientos. Déjenme decirle a ustedes como el profeta dijo a los pobres sufrientes judíos: “Tornaos a la fortaleza, oh presos de esperanza” (Zac. 9:12). Fortaleza dice, ¿dónde puede estar? Los muros de Jerusalén yacen en el polvo, el templo ha sido arrasado por el fuego, Sión yace desplomada; ¿qué quieres decir, Señor, cuando nos hablas de nuestra fortaleza? Aun reconociendo todo esto, hay refugio suficiente para usted en Dios exclusivamente, como Calvino menciona excelentemente acerca de ese lugar. Cristiano, ¿acaso no podrá usted, por fe, obtener del poder infinito de Dios, un buen sustento para su alma? Así lo hicieron los santos de antaño. Abraham, Isaac y Jacob enfrentaron muchas dificultades y rachas de problemas en su época, más que las que usted jamás haya tenido o vaya a tener; no obstante, por poner su fe en este atributo, vivieron con tranquilidad, entonces, ¿por qué no puede hacerlo usted? “Y aparecí [dice Dios] a Abraham, a Isaac y a Jacob bajo el nombre de Dios omnipotente” (Exo. 6:3). Vivían su vida y se deleitaban por fe en el nombre del Señor. Oh que pudiéramos imitar a Abraham (Rom 4:21). Tenemos el mismo atributo a nuestra disposición, pero no tenemos la fe suficiente como para aprovecharlo. Resulta fácil creer el poder infinito de Dios cuando todo está en calma, pero no tan fácil valernos de él y descansar seguros en él en medio de una tormenta de adversidades; pero ¡oh, cuánta paz y cuánto descanso nos obtendría nuestra fe si la usáramos y practicáramos de esta manera! Para ayudarle en su fe en alguna dificultad como la que a veces hacía tambalear la fe de Moisés, permítame ofrecerle brevemente las siguientes palabras alentadoras.

a. Considere cómo su Dios de gracia ha comprometido éste, su poder infinito, por su promesa y pacto, para dar seguridad a su pueblo. Dios se la dio a Abraham en aquella famosa promesa “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí, y sé perfecto” (Gén. 17:1). Y “No temas, Abram; yo soy tu escudo y tu galardón sobremanera grande” (Gén. 15:1). No diga que aquel fue un privilegio singular para Abraham, porque si consulta usted Oseas 12:4 y Hebreos 13:5, 6, encontrará que los creyentes de la actualidad tienen tanto derecho a las promesas hechas en aquellos días, como los personajes a quienes les fueran hechas originalmente.

b. Si es usted creyente, su relación con Dios compromete fuertemente su poder a favor de usted, al igual que sus propias promesas: “Ciertamente mi pueblo son, hijos que no mienten; y fue su Salvador” (Isa. 63:8). A veces pensamos que las relaciones no son muy importantes, pero lo son. Usted lo sabe por experiencia, deje que una esposa, un hijo o un amigo esté en inminente peligro, y utilizará usted todo el poder que tiene para socorrerlos y librarlos de él.

c. Este glorioso poder de Dios se compromete con usted debido a la propia malicia y maldad de sus enemigos, que querrán imputar la ruina de los santos a algún defecto del poder de Dios; como se desprende de esos excelentes argumentos: “Y que has hecho morir a este pueblo como a un hombre: y las gentes que hubieren oído tu fama hablarán diciendo: Por qué no pudo Jehová meter este pueblo en la tierra de la cual los había jurado, los mató en el desierto” (Núm. 14:15, 16). Y también en Deuteronomio 32:26, 27 encontrará que Dios mismo mejora para ellos este argumento; si no lo hacen ellos mismos, él lo hará. “Echaríalos yo del mundo, haría cesar de entre los hombres la memoria de ellos, si no temiese la ira del enemigo, no sea que se envanezcan sus adversarios, no sea que digan: Nuestra mano alta ha hecho todo esto, no Jehová” ¡Oh, vea cuánto le debe a la furia de sus enemigos, por su liberación de ella!

d. Para concluir, la propia dependencia de su alma por fe en el poder de Dios, el apoyarse en su brazo, lo compromete a protegerlo: Tú le guardarás en completa paz, cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti se ha confiado” (Isa. 26:3). Ya no se preocupe de las cualidades: pero sepa que, a pesar de lo débil y defectuoso que sea en otros sentidos, el poner en práctica su fe en Dios, el descansar su alma en él es lo que lo compromete a él a defenderlo.

(2) Habiendo entrado de esta manera por fe en este aposento de poder divino, el próximo consejo que el texto le da es cerrar la puerta después de haber entrado, es decir, después de haber puesto en práctica su fe y de haber descansado tranquilamente su alma en el

poder infinito de Dios; cuidese de no dejar que vuelvan a entrar los temores incrédulos y los celos de modo que molesten el descanso de su alma en Dios; puede ver un ejemplo triste de esto en Moisés (Núm. 11:21, 23). Después de tantos actos y triunfos gloriosos de su fe, ¡cómo tropezó por la cobardía que dejó entrar! Los hombres buenos pueden tener momentos difíciles que los hace tropezar. Los israelitas habían vivido por muchos años gracias a milagros: “¿Podrá también dar pan?” (Sal. 78:20). La buena de Marta presenta a Cristo su objeción porque veía una dificultad: “Señor, hiede ya, que es de cuatro días” (Juan 11:39). ¡Oh! es cosa gloriosa dar a Dios la gloria por su poder infinito en los casos difíciles que no podemos comprender. Vea Zacarías 8:6 “Si esto parecerá dificultoso a los ojos del resto de este pueblo en aquellos días, ¿también será dificultoso delante de mis ojos? dice Jehová de los ejércitos.” Las dificultades son para los hombres, no para Dios; de la misma manera, lo que es maravilloso para sus propios ojos, ¡también habrá de serlo para los ojos de Dios! Es probable que surjan varias objeciones en su corazón para sacarlo de éste, su refugio. Como:

Objeción 1. ¡Oh! pero nuestros problemas y tribulaciones que nunca se terminan nos aplastan el corazón: “¿Por qué dices, oh Jacob, y hablas tú, Israel: Mi camino es escondido de Jehová, y de mi Dios pasó mi juicio?” (Isa. 40:27).

Respuesta: Pero, ¡oh! espere en Dios sin desmayar: “Aunque la visión tardará aún por tiempo, mas al fin hablará: aunque se tardare, espéralo, que sin duda vendrá; no tardará” (Hab. 2:3).

Objeción 2. Oh, pero nuestras viejas esperanzas y expectativas de ser librados se han visto frustradas, “Esperamos paz, y no hubo bien; día de cura, y he aquí turbión” (Jer. 8:15).

Respuesta: Oh, pero no se desanimen: vean cómo el salmista inicia el Salmo 69 con temblor, y lo concluye triunfante; el agricultor espera, ustedes deben hacer lo mismo.

Objeción 3: Pero no hay señales ni indicios de nuestra liberación.

Respuesta: Esto no es nada nuevo: “No vemos ya nuestras señales: no hay más profeta; ni con nosotros hay quien sepa hasta cuándo” (Sal. 74:9).

Objeción 4. Pero todas las cosas obran contrariamente a nuestra esperanza.

Respuesta: Pues, lo mismo le pasaba a Abraham, no obstante: “Él creyó en esperanza contra esperanza” (Rom. 4:18).

(3) Observe también con gozo, las acciones y gloriosas obras del poder divino para usted y para la iglesia en tiempos de tribulación: éste es un dulce pensamiento para su alma, es alimento para la fe, “Tú

magullaste las cabezas del leviathán; dístelo por comida al pueblo de los desiertos” (Sal. 74:14). Y aquí les ruego que observen y admiren:

a. Su protección misteriosa y admirable de los santos en todos sus peligros. Se alimentan como ovejas en medio de lobos (Lucas 10:3). Se acuestan entre los que se están quemando: “Estoy echado entre hijos de hombres encendidos” (Sal. 57:4). No obstante, se mantienen seguros por el poder infinito de Dios (Jer. 9:6).

b. Contemple y admire cómo sus enemigos son atados y frenados que, aunque quisieran, no lo pueden dañar; nuestros peligros son visibles, y nuestros temores grandes, pero nuestra seguridad es admirable: “Y todo el día temiste continuamente del furor del que aflige, cuando se disponía a destruir: mas ¿en dónde está el furor del que aflige?” (Isa. 51:13).

c. Contemple cómo aparecen refugios y lugares seguros inesperados e improbables para los santos en sus tribulaciones: “Moren contigo mis desterrados, oh Moab; séles escondedero de la presencia del destructor: porque el atormentador fenecerá, el destructor tendrá fin, el hollador será consumido de sobre la tierra” (Isa. 16:4). “Y la tierra ayudó a la mujer, y la tierra abrió su boca, y sorbió el río que había echado el dragón de su boca” (Apoc. 12:16).

d. Contéplelo frustrando todos los designios de nuestros enemigos en contra nuestro. “Toda herramienta que fuere fabricada contra ti, no prosperará; y tú condenarás toda lengua que se levantara contra ti en juicio” (Isa. 54:17). “He aquí que yo crié al herrero” (Isa. 54:16). Aquel que creó al herrero, puede ordenar como le plazca la herramienta hecha por él; por lo tanto, nuestros enemigos no son señores de sus propios designios.

Oh entonces, dependa del poder de Dios, porque es su seguridad; hay una dependencia doble, la natural y necesaria y la otra optativa.

1. Dependencia natural, que todos tienen, pues tienen que depender de él.
2. Optativa y voluntaria, y de esta manera deberíamos depender de él todos; y para su edificación, aprópiase de este pasaje:

“Y será Jehová refugio al pobre, refugio para el tiempo de angustia. Y en ti confiarán los que conocen tu nombre; por cuanto tú, oh Jehová, no desamparaste a los que te buscaron” (Sal. 9:9, 10).

John Flavel (c. 1630-1691): Presbiteriano inglés y pastor en Dartmouth, Devonshire, Inglaterra. Autor prolífico de obras evangélicas como *The Fountain of Life Opened* (La fuente de la vida abierta) y *Keeping the Heart* (Guardando el corazón). Sus vívidas ilustraciones daban como resultado sermones memorables y transformadores de vidas. Uno de sus oyentes dijo que “los que pueden estar bajo su ministerio sin que éste los afecte tiene que tener una cabeza muy blanda o un corazón muy duro, o ambos. Nació en Bromagrove, Worcester.

LA ESTRELLA PISTOLA Y EL PODER DE DIOS

John Piper

DOY gracias a Dios por los descubrimientos increíbles de la ciencia. Es como si un sirviente ciego siguiera trayendo espléndidas joyas a la mesa. No todos los científicos son ciegos. O quizá ninguno de ellos sea totalmente ciego. Si lo fueran, yo probablemente hubiera muerto ya de polio o de viruela. No tendría luz eléctrica, refrigeración, procesador de palabras, un motor a combustión en mi coche, noticias instantáneas por la radio o vuelos a Winnipeg (sin mencionar a Marte). Lo científicos no son sordos ni totalmente ciegos.

¿Pero qué palabra usaré para describir al ojo o al corazón que pudo descubrir la Estrella Pistola y no adorar a Dios? Y ni siquiera mencionar a Dios. Hay dos cosas que quitan el aliento en el diario esta mañana (8 de octubre de 1997). Una es la noticia del descubrimiento de la estrella más grande conocida hasta ahora. La otra es la ausencia de Dios. Ambos portentos me dejan atónito.

El artículo comienza:

Trate de imaginar una estrella tan grande que podría llenar todo el sistema solar dentro de la órbita de la Tierra, que está a 93 millones de millas del sol. Una estrella tan turbulenta que sus erupciones extenderían una nube de gases que abarcarían cuatro años luz de distancia, desde el sol hasta la estrella más cercana [unas 24.000.000.000.000 millas]. Una estrella tan poderosa que brilla con la energía de 10 millones de soles, haciéndola la más brillante jamás observada en nuestra galaxia, la Vía Láctea. En realidad una estrella tan enorme y brillante debería ser imposible de imaginar, según algunas de las teorías sobre las formaciones estelares. Pero aquí está, cerca del centro de la Vía Láctea. (Star-Tribune, Minneapolis, MN, 8 de octubre de 1997, A4)

A Jesús le encantaban los salmos y creía que eran la Palabra de Dios. Por eso, no dudo que contemplaba el cielo nocturno y adoraba: “Veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste” (Sal. 8:3). En cambio, en el informe científico no se menciona a Dios. No hay en él nada de adoración. Entre las “teorías sobre las formaciones estelares” que esta estrella da por tierra, se

excluye una que permanecerá inquebrantable. En realidad, no es una teoría sino una verdad revelada: Las estrellas son “la obra de tus dedos”. Las estrellas son la obra de los dedos de Dios. Esto era lo que Jesús creía. Esta es la verdad.

Por lo tanto, cuando leo que los científicos han descubierto una nueva estrella que es diez millones de veces más poderosa que ese sol que da calor a mi rostro desde noventa y tres millones de millas de distancia y mantiene a la tierra en órbita y arde (en sus puntos más frescos) a seis mil grados centígrados, veo los dedos de Dios de una manera nueva. Tiemblo, y me siento movido a caer sobre mi rostro en silencio ante la grandeza de Dios. Y al volver a recobrar algo de compostura, la ausencia de Dios en este informe me deja atónito. ¿Hay alguna otra palabra aparte de “ceguera” que lo describa? Jesús diría: “Los cielos muestran la gloria de Dios y el firmamento declara la obra de sus manos.” (Salmo 19:1, traducción del autor). No ver la gloria de Dios en la Estrella Pistola es ser ciego.

Abra los ojos. Ore que Dios le dé ojos para ver. Jesús habló de los que “oyendo no oyen” y “viendo no ven” (Mat. 13:13). Ruegue no estar entre ellos. El cosmos existe para ayudarle a conocer a Dios, el Hacedor. Y el mensaje principal es que él es muy grande y que nosotros somos muy pequeños. Necesitamos sentir esta grandeza. Necesitamos poder decir: “Tú te has engrandecido, Jehová Dios: por cuanto no hay como tú” (2 Samuel 7:22). “Has hecho grandes cosas” (Salmo 71:19). “¿Qué Dios grande como el Dios nuestro?” (Salmo 77:13). “Porque tú eres grande, y hacedor de maravillas: Tú solo eres Dios” (Salmo 86:10). “Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso” (Apocalipsis 15:3). “Grande es Jehová y digno de ser en gran manera alabado” (Salmo 48:1). “ Bendice, alma mía, a Jehová. Jehová, Dios mío, mucho te has engrandecido” (Salmo 104:1, énfasis agregados en estos textos).

Maravillémonos doblemente, pues, cada vez que los telescopios traigan nuevas informaciones de la grandeza de Dios –quedemos atónitos ante el poder de Dios y atónitos ante la falta de adoración.

Usado con permiso Tomado del libro por
John Piper “*A Godward Life*” Vol. 2 página 59 Multnomah Publisher Inc.

MAJESTAD QUE DESCENDE

Thomas Chalmers (1780-1847)

YA hemos intentado presentarle la maravillosa extensión de ese espacio, repleto de innumerables mundos, que la ciencia moderna ha incluido dentro del círculo de sus descubrimientos. Hasta nos hemos aventurado a explorar en aquellas huellas de la infinidad, que se encuentran más allá de lo que el ojo o el telescopio nos ha dado a conocer —remontarnos lejos, a aquellas regiones ocultas que se encuentran fuera de los límites de nuestra astronomía— para impresionarle con lo descabellada que es la idea de que la energía creativa de Dios se podía haber desplomado exhausta por la magnitud de sus esfuerzos, en esa propia línea, a través de la cual el arte del hombre, que tanto se ha esforzado por perfeccionar los instrumentos de la visión, todavía no ha podido penetrar. Y sobre todo esto nos atrevemos a afirmar una cosa: que aunque todos estos cielos visibles fueran rápidamente aniquilados, y la escoba de la ira del Todopoderoso fuera a barrer de la faz del universo esos millones y millones más de soles y sistemas que están dentro del alcance de nuestra observación —que este evento, que a nuestra vista dejaría a su paso una soledad tan amplia y tan lúgubre, quizá no fuera nada a los ojos de Aquel que puede abarcar el todo. Sería como la desaparición de un puntito de ese campo de cosas creadas, que la mano de su omnipresencia ha arrojado a su alrededor.

Pero para enfocar el sentido del texto, no tenemos que recurrir a nuestra imaginación fuera de los límites de lo que realmente hemos descubierto. Basta con que pensemos en la insignificancia de este mundo, y todos los que en él habitan, para ponerlo en perspectiva con esa colección de mundos que el hombre puede ver con la ayuda de las invenciones de su genio. Cuando hablamos de los muchos millones de soles, cada uno ocupando su propio territorio independiente en el espacio, y dispensando sus propias influencias sobre el grupo de mundos tributarios; nuestro mundo no podría menos que sumirse en una pequeñez a los ojos de Aquel que ve toda la magnitud y variedad que lo rodea. Le hemos presentado sólo una imagen débil de nuestra insignificancia, comparativamente hablando, cuando dijimos que las glorias de un extenso bosque no sufre más por la caída de una sola hoja, de lo que las glorias de este extenso universo sufrirían si este globo en que vivimos “y todo lo que él contiene, se disolviera”. Y cuando le presentamos nuestros conceptos a él, que ha poblado la

inmensidad con todas estas maravillas—que se encuentra sentado en el trono de la magnificencia de sus propias obras, y por medio de una sola sublime idea puede abarcar toda la extensión de la amplitud sin límites que había llenado con los trofeos de su divinidad: no podemos menos que sumar nuestro corazón a la exclamación del salmista: “¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, que lo visites?”

Ahora note lo que ha hecho con todo esto el genio de la infidelidad, que dice: Es imposible que una porción tan humilde como la nuestra del universo haya sido objeto de la mucha y distinguida atención que el cristianismo le adjudica. Dios no se hubiera manifestado él mismo en la carne para la salvación de un mundo tan mísero. El monarca de todo un continente nunca se mudaría de su capital y dejaría a un lado el esplendor de su realeza, y sometido durante meses, o años a peligros, y pobreza y persecución; no hubiera hecho su hogar en algún pequeño rincón de sus dominios que, si un terremoto lo hiciera desaparecer ni siquiera sería notado en medio de las glorias de un imperio tan extenso; y todo esto para ganarse el amor que había perdido de unas pocas familias del lugar. Ni tampoco el Hijo de Dios —quien, según nos fue revelado, hizo todos los mundos y tiene en sus manos un imperio, lleno de maravillas entre las cuales el globo que heredamos es una insignificancia; tampoco renunciaría a la gloria que tenía con el Padre antes de la fundación del mundo, y vendría a este paisaje más bajo con los fines que el Nuevo Testamento le imputa. Imposible que los asuntos de esta esfera insignificante, que da sus pequeñas vueltas entre una infinidad de mundos más grandes, sea de tanta importancia en los planes del Eterno, o que hubiera puesto en movimiento en el cielo algo tan maravilloso como el hecho de que el Hijo de Dios tomara la forma de nuestra especie degradada, y peregrinara entre nosotros, compartiendo todas nuestras debilidades y coronando toda la escena de humillación con la vergüenza y las agonías de una muerte cruel en la cruz.

Esto ha sido presentado como un argumento en contra de la revelación cristiana; y es la presunción de muchos de nuestros infieles filósofos que, a la luz de los descubrimientos modernos, la luz del Nuevo Testamento ha sido eclipsada y anulada; y este mal no se limita a los filósofos porque el argumento ha caído en otras manos y las interpretaciones populares que ahora se dan a las verdades más sublimes de la ciencia, han diseminado extensamente todo el deísmo que incluye; y el tono elevado de un decidido desdén por el evangelio acompaña ahora la displicencia de la adquisición de conocimientos superficiales: y, aunque el venerable Newton, cuyo genio abrió de par

en par esos grandes campos de estudio, usaba sus poderes para interpretar la Biblia, existen miles y decenas de miles que, aunque andan a la luz que él les brinda, son seducidos por una autocomplacencia que él nunca sintió, están llenos de un orgullo que jamás tuvo su corazón pío y filósofo, y su única atención a la Biblia es para rebajarla, burlarse de ella y descartarla.

Antes de entrar a lo que consideramos la respuesta correcta a esta objeción, observemos que la misma despoja a la deidad de un atributo que constituye un maravilloso agregado a las glorias de su carácter imposible de comprender totalmente. Es ciertamente una evidencia poderosa de la fuerza de su brazo, el hecho de que tantos millones de mundos se suspenden de él; pero este importante atributo de su poder sería más notable si, mientras se expresa en general entre los soles y los sistemas astronómicos, pudiera, en el mismo instante, estar moviendo y guiando a todos los engranajes más minúsculos de esa maquinaria que funciona incesantemente a nuestro alrededor. Constituye una noble demostración de su sabiduría, el hecho de que opera sin pausa esas leyes que mantienen la estabilidad de este gran universo; pero sería una sabiduría inconcebiblemente mayor si a la vez que se dedica a la magnífica tarea de mantener el orden y la armonía de la bóveda celeste, estuviera brindando a manos llenas sus recursos sin fin a las bellezas, variedades y arreglos de cada escena, por más humilde que sea, de cada campo, no importa lo angosto de la creación que él había formado. Es una evidencia alentadora del regocijo que le produce comunicar felicidad, el que la totalidad de la inmensidad estuviera rociada de moradas de vida y de inteligencia; pero seguramente subrayaría la evidencia, con una impresión más cercana e impresionante, a cada corazón, de las evidencias, de que en el preciso momento en que su cuidado conmovedor abarcaba el inmenso círculo de sus dominios, cada detalle era atendido eficazmente, como si fuera el objeto de un cuidado exclusivo y único. Es por nuestra imperfección que no podemos dar nuestra atención a más de un objeto en un momento dado y al mismo tiempo; esto mismo debe elevar todas las ideas que tenemos de las perfecciones de Dios al saber que mientras su mente puede abarcar toda la amplitud de la naturaleza, hasta sus límites más lejanos, tiene su vista atenta en el más humilde de sus objetos y que conoce cada pensamiento de mi corazón y sabe de cada paso que doy y que atesora en su memoria cada vuelta y cada movimiento de mi trayectoria. (*Nota de los editores: ¡alabemos al Señor!*)

Y, en último lugar, aplicando estos pensamientos al tema que nos ocupa; supongamos que uno entre esos innumerables millones de mundos, fuera visitado por una pestilencia moral que se extiende por

toda su población y los pone bajo condenación de una ley, cuyas sanciones son implacables e inmutables; no sería injusto que Dios obrara con justa indignación, arrasando del universo esta ofensa que lo deformó –ni nos sorprendería si, entre la multitud de otros mundos que elevaban al Todopoderoso cantos de alabanza y el incienso de pura adoración, dejara que el mundo desviado y solitario pereciera en la culpa de su rebelión. Pero, dígame, ¡oh! dígame, ¿no sería una suave demostración de la ternura exquisita del carácter de Dios verlo hacer todo esfuerzo posible por reclamar para sí a esos hijos que se han apartado de él –y, aunque pocos en comparación con las huestes de sus adoradores obedientes, no impartiría a su atributo de compasión la infinidad de Dios el que, en lugar de perder un solo mundo que se había ido por su propio camino, enviar mensajeros de paz para atraerlo y para volver a recibirlo? ¿Y si su justicia demandaba un sacrificio tan inmenso, y si la ley exigía que se la magnificara y honrara, dígame si no demostraría una moralidad sublime por parte de la deidad el hecho de que pusiera sobre su propio Hijo la carga de su expiación, a fin de poder dar su beneplácito al mundo, y extender el cetro de invitación a todas sus familias?

Afirmamos, entonces, que el argumento del infiel trata de eliminar una de las perfecciones del carácter de Dios. Cuanto más sabemos de la extensión de la naturaleza, ¿no debiera llevarnos a tener un concepto más elevado de él, que tiene la autoridad suprema sobre los asuntos de un universo tan enorme? Pero, como parte de la luminosa lista de sus otros atributos, digamos que mientras la vastedad no lo abruma, tampoco se le escapa lo más minúsculo, y la variedad no puede consternarlo; y que al mismo tiempo que la mente de la deidad se extiende por la inmensidad de su creación, no hay ni una partícula de materia, no hay ni un principio individual de existencia racional o animal, no hay ni un solo mundo en esa expansión que está llena de ellos, que su ojo no discierna con la misma constancia, y que su mano no guíe tan infaliblemente, y que su espíritu no observe y cuide con la misma diligencia, como su fuera el objeto único y exclusivo de su atención.

La cuestión es inconcebible para nosotros, cuyas mentes se distraen tan fácilmente con una cantidad de objetos; y éste es el principio secreto de toda la infidelidad a la que me estoy refiriendo. Colocar a Dios en el nivel de nuestra propia comprensión es arrojárselo en la impotencia del hombre. Es transferir a su mente maravillosa toda la imperfección de nuestras propias facultades. Lo que la enseñanza de la astronomía implica es que él tiene millones de mundos que cuidar, tantos que sería imposible cuidarlos a la perfección. El uso que

hacemos de un descubrimiento, que debería aumentar todo lo que concebimos acerca de Dios, y humillarnos a sentir que un Ser de tan misteriosa altura es para nosotros imposible de comprender, les enjuiciarlo, y pronunciar contra él un juicio que lo degrada, que lo mantiene al nivel inferior de nuestras míseras ideas! La ciencia moderna nos presenta una multitud de otros soles y otros sistemas; y la manera desviada que interpretamos el hecho de que Dios, al repartir los beneficios de su poder y de su bondad abarcando semejante variedad de mundos, no puede o no opta por otorgar tanta bondad a uno de esos mundos, tal como una revelación del Cielo nos lo ha anunciado. A la vez que aumentamos las provincias de su imperio, ensuciamos toda la gloria de esta ampliación diciendo que tiene que cuidar tanto que su cuidado de una sola provincia seguramente será menos completo, menos vigilante y menos efectivo que si hubiera sido de otra manera. Con los descubrimientos de la ciencia moderna, multiplicamos los lugares de la creación; pero junto con esto reducimos el atributo de que ve todo: tanto lo malo como lo bueno; y, de esta manera, magnificamos una de sus perfecciones a expensas de otra. Y a fin de colocarlo dentro de lo que nuestra poca capacidad puede comprender, desfiguramos una de las glorias de ese carácter que a nosotros nos corresponde adorar, como algo más alto que cualquier pensamiento y más grande que todo lo que es posible comprender.

Volveré a plantear en una sola oración la objeción que estamos enfocando. Dado que la astronomía nos ha dado a conocer tanta cantidad de mundos, no es probable que Dios prestara tanta atención a este mundo singularmente, y que estableciera tan maravillosas provisiones para su beneficio como las que nos anuncian la revelación cristiana. Esta objeción tiene su respuesta en la siguiente posición: – que Dios, además de la facultad de centrarse en múltiples objetos a la vez y al mismo tiempo, cuenta con esta facultad en una medida tan maravillosamente perfecta que puede dar su atención tan completamente y brindar tan ricamente y manifestar todos sus atributos tan gloriosamente, a cada uno de estos objetos, como si el resto no existiera y no existiera ningún otro lugar que él gobierna o en el que piensa. Como evidencia de esta posición apelamos, en primer lugar, a la historia personal de cada individuo entre nosotros. Primero, aceptemos que Dios nunca pierde de vista a ni siquiera una cosa que ha creado, y que ninguna cosa creada puede continuar siendo o actuando independientemente de él; y entonces aun sobre la faz de esta tierra, humilde como es en la gran escala de la astronomía ¡cuán extraordinariamente diversificada y cuán multiplicada en muchos

miles de distintas acciones está la atención de Dios! Tiene sus ojos puestos en cada hora de mi existencia. Su Espíritu está íntimamente presente con cada pensamiento de mi corazón. Su inspiración da fruto para que cada propósito esté dentro del propósito de él; su mano da dirección a cada paso que doy. Cada aliento que tomo, contiene una energía que Dios me brinda. Este cuerpo mío que, ante la menor provocación, puede caer presa de la muerte o de terrible sufrimiento, está ahora bien, porque en este momento él me está protegiendo de mil peligros, y manteniendo los mil movimientos de su compleja y delicada maquinaria. Su influencia regidora me preserva en medio de toda la corriente de mi inquieta y siempre cambiante trayectoria. Cuando ando por el camino, él anda conmigo. Cuando estoy en compañía de otros, y me olvido de él, él nunca se olvida de mí. En las silenciosas horas de la noche, cuando se han cerrado mis párpados y mi espíritu ha pasado a la inconciencia del sueño, el ojo observador que nunca duerme, está sobre mí. No puedo volar de su presencia. Vaya donde vaya, él me atiende, y me guarda y me cuida; y él, el mismo Ser que ahora se está ocupando de los más remotos dominios de la naturaleza y de la Providencia, está también a mi diestra haciéndome aprovechar cada momento de mi vida, sosteniéndome en el ejercicio de todos mis sentimientos y de todas mis facultades.

Ahora bien, lo que Dios está haciendo conmigo, lo está haciendo con cada individuo de la población de este mundo. La intimidad de su presencia, atención y cuidado alcanza a uno y a todos ellos. Con una mente que no siente la carga de todos sus otros asuntos, puede enjuiciar, sin distracción, el gobierno y cuidado de cada hijo e hija de la especie. —Entonces, ¿nos toca a nosotros en vista de toda esta experiencia poner desagradecidamente límites alrededor de las perfecciones de Dios?—¿afirmar que la multitud de otros mundos ha quitado alguna porción de su benevolencia hacia el mundo que ocupamos? —¿o que él, cuyos ojos están sobre cada familia de la tierra no daría generosamente todas las riquezas de sus atributos inescrutables con un plan elevado de perdón e inmortalidad, para beneficio de sus innumerables generaciones?

En segundo lugar, aun si la mente de Dios estuviera tan fatigada, y tan ocupada con el cuidado de otros mundos, como la objeción presume que lo está, ¿no veríamos indicios de descuido, o falta de atención en su manejo del nuestro? ¿No veríamos en muchos aspectos, la evidencia de que su señor está atiborrado por la cantidad de sus otros compromisos? El hombre oprimido por una multitud de cosas en sus negocios, simplificaría y reduciría su dedicación a alguna de ellas. Ahora bien, señale una indicación de que Dios esté así oprimido. La

astronomía nos ha abierto tantos aspectos de la creación, que antes eran desconocidos, que el mundo que habitamos se encoge a una remota y solitaria provincia en sus extensos dominios. Dígame, entonces, si, en algún campo de esta provincia al que tiene acceso el hombre, ve usted una sola indicación de que Dios dé menos de sí mismo –de Dios languideciendo por el peso de otras ocupaciones—de Dios aplastado bajo el peso de esa vasta supervisión de la que es responsable –de Dios exhausto, como lo estaríamos nosotros por semejante cantidad de preocupaciones, tanto grandes como variadas. ¿Y no percibe acaso, en esa potente profusión de sabiduría y de bondad desparramada por todas partes a nuestro alrededor, que los pensamientos de este Ser inescrutable no son nuestros pensamientos, ni sus caminos nuestros caminos?

El tiempo no me permite explayarme en este tema porque, antes de concluir, quiero presentar otra ilustración. Cuando miro la maravillosa escena a mi alrededor y veo que en cualquier dirección se encuentra una escena llena de actividades de lo más variadas y dinámicas, y que se explaya en todas las bellezas que la adornan y en todos los diseños y benevolencias de que abunda, y pienso que el mismo Dios que sostiene en la palma de su mano el universo con cada uno de sus sistemas, dibuja cada flor y da alimento a cada brizna, y activa los movimientos de cada ser viviente, y no está incapacitado por el peso de sus otros cuidados para enriquecer con sus encantos y comodidades de la más abundante variedad el humilde departamento de la naturaleza que yo ocupo; entonces, seguramente si un mensaje que tiene todas las señales de autenticidad, profesa venirme de Dios e informarme de sus potentes obras a favor de la felicidad de nuestra especie, no me corresponde a mí, en vista de todas estas evidencias, rechazarla como una impostura porque los astrónomos me dicen que hay tantos otros mundos y otros órdenes de seres que atender, y, cuando pienso que es una disposición de él en su supremacía sobre las criaturas que ha formado que ni un solo gorrión caiga al suelo sin que él lo quiera, entonces deje que la ciencia y el sofismo traten de quitarme mi seguridad, si lo desea, no me soltaré del ancla de mi confianza en Dios. No temeré porque soy de más valor que muchos gorriones.

En tercer lugar, fue el telescopio que, penetrando la oscuridad entre nosotros y los mundos distantes, dio a la infidelidad el argumento contra el cual luchamos. Pero, más o menos en la época que fue inventado, apareció otro instrumento que hizo posible ver una escena no menos maravillosa y premió al espíritu inquisitivo del hombre con un descubrimiento que sirve para neutralizar la totalidad de este

argumento. Se trata del microscopio. El primero me llevó a ver un sistema en cada estrella. El otro me lleva a ver un mundo en cada átomo. El primero me enseñó que este inmenso globo, con todo el peso de su población y de sus países no es más que un grano de arena en el plano de la inmensidad. El otro me enseña que cada grano de arena puede contener dentro de sí tribus y familias de una activa población. El primero me habló de la insignificancia del mundo en que vivo. El otro lo redime de toda su insignificancia, porque me dice que en las hojas de cada bosque, en las flores de cada jardín y en las aguas de cada vertiente hay mundos repletos de vida, tan innumerables como todas las glorias del firmamento. El primero me sugiere que más allá de todo lo que es visible al hombre puede haber campos de creación que siguen inconmensurablemente su camino y llevan la impresión de la mano del Todopoderoso a los más remotos rincones del universo. El otro me sugiere que, dentro y debajo de lo microscópico que el ojo del hombre con ayuda ha podido explorar, puede haber una región de invisibles, y que si pudiéramos abrir la misteriosa cortina que la esconde de nuestros sentidos, podríamos ver un teatro de tantas maravillas como las que la astronomía nos ha mostrado, un universo dentro de un punto tan pequeño que escapa a toda la capacidad del microscopio, pero donde el Dios que obra maravillas encuentra lugar para ejercitar todos sus atributos, donde puede levantar otro mecanismo de mundos, y llenarlos y animarlos con todas las evidencias de su gloria.

Ahora veamos como todo esto puede dar por tierra con los argumentos de los astrónomos incrédulos. Por el telescopio han descubierto que ninguna magnitud, no importa lo vasta que sea, está fuera del alcance de la Divinidad. Pero por el microscopio hemos también descubierto que ninguna cosa pequeñísima, aunque pase desapercibida al ojo humano, no pasa desapercibida para Dios. Cada agregado a los poderes del telescopio extiende el límite de sus dominios visibles. Pero con cada agregado a los poderes del microscopio, vemos cada parte de ellos más abarrotados que nunca con las maravillas de su mano que nunca se cansa. El primero constantemente aumenta el círculo de su territorio. El otro está llenando constantemente sus distintas porciones con todo lo que es rico, variado y exquisito. En una palabra, el primero me dice que el Todopoderoso está obrando ahora en regiones más distantes que la geometría haya medido jamás y entre mundos más numerosos que los números que existen. Pero el otro me dice también que, teniendo él una mente que comprende el todo, en la vasta medida general, también tiene una mente para concentrar su atención cuidadosa y

separada en cada uno y en todos sus detalles; y que el mismo Dios que emana una influencia sustentadora entre las órbitas y los movimientos astronómicos, puede llenar los rincones de cada átomo con la intimidad de su presencia, y desplazarse, con toda la grandeza de sus atributos sin límites, en cada punto y rincón del universo que ha formado.

Por lo tanto los que piensan que Dios no demostraría tal poder, tal bondad y tal condescendencia a favor de este mundo, tal como los describe el Nuevo Testamento, porque tiene tantos otros mundos que atender, piensan en él como un hombre. Limitan su punto de vista a las informaciones del telescopio, y se olvidan totalmente de las informaciones del otro instrumento. Encuentran lugar en sus mentes para su atributo de una supervisión grande y general, y no recuerdan las igualmente impresionantes pruebas que tenemos de sus otros atributos de una atención minúscula y multiplicada a toda esa diversidad de operaciones en que obra todo en todo. Y entonces pienso que así como uno de los instrumentos de filosofía ha realizado toda impresión que teníamos del primero de estos atributos, de la misma manera otro instrumento ha realizado nuestra impresión del segundo de ellos, entonces ya no puedo dejar de llegar a la conclusión de que sería transgredir un argumento sano, al igual que una audaz impiedad, poner un límite alrededor de las obras de este Dios inescrutable, y, si una revelación que profesa venir del cielo me dijera de un acto de condescendencia a favor de algún otro mundo, tan maravilloso que los ángeles quisieron verlo, y me dijeran que el Hijo eterno había tenido que dejar su trono de gloria para llevarlo a cabo, lo único que pediría sería una evidencia de tal revelación; porque, me diga cuanto diga acerca de Dios descendiendo para beneficio de una provincia de sus dominios, esto no es más de lo que ya veo a mi alrededor, en innumerables ejemplos, en todos mis recuerdos y lo que veo en cada cosa que me ocupo en observar. Y ahora que el microscopio ha revelado las maravillas de otra región, veo todo a mi alrededor una abundancia que da por tierra cualquier intento por comprenderlo, la evidencia de que no hay ninguna porción del universo de Dios demasiado minúscula que él no lo note, ni demasiado humilde que no lo visite con su cuidado.

Como final de todas estas ilustraciones, ofreceré un párrafo sobre lo que yo considero ser el caso preciso de este argumento.

Es maravilloso que Dios esté tan desembarazado de los asuntos de todo un universo que puede dar una atención constante a cada momento de cada individuo en la población de este mundo. Pero, aunque esto es maravilloso en sí no vacile usted en admitir que es

verdad por la evidencia de sus propios recuerdos. Es maravilloso que Aquel cuyos ojos están a cada instante sobre tantos, haya poblado este mundo que habitamos con todas las señales de los variados diseños y benevolencias que en él abundan. Pero, aunque esta maravilla es grande, no deje usted que la oscurezca ni una sombra de improbabilidad, porque su realidad es lo que usted realmente ve, y a usted nunca se le ocurre cuestionar la evidencia de lo que ha observado. Es maravilloso, es más que maravilloso, que el mismo Dios, cuya presencia se extiende a través de toda la inmensidad, y que extiende el amplio manto de su administración sobre todas sus moradas, se acercara a nuestro vecindario con una energía tan renovada y nueva como si recién empezara a obrar en la creación, y lo ha dotado de toda la exuberancia de su bondad, y lo ha amontonado con muchos miles de variedades de existencias conscientes. Y aunque esta maravilla sea imposible de comprender, no la duda usted ni un instante porque no cuestiona lo que el microscopio informa. No rechaza su información, no la descarta como una evidencia incompetente. Y para puntualizar más el asunto, hay muchos que nunca han mirado a través de un microscopio pero que tienen una fe implícita en todas sus revelaciones; ¿y sobre qué evidencia? pregunto yo. Sobre la evidencia del testimonio –sobre el mérito que dan a los autores de los libros que han leído, y la fe que ponen en los que escribieron acerca de sus observaciones. Ahora, a esta altura presento mi plataforma. Es maravilloso que Dios esté tan interesado en la redención de un mundo, como para enviar a su Hijo amado con ese encargo y que él, siendo poderoso para salvar, dio todas sus fuerzas y sufrió grandemente para cumplirlo. Tales maravillas como éstas ya se han multiplicado sobre usted, y ante las evidencias de que son ciertas, usted da forma a su concepto del Dios inescrutable, y deposita su fe en ellas. Exijo, en el nombre de una filosofía sana y consecuente, que usted haga lo mismo en la cuestión que estamos tratando –y que la considere como una cuestión de evidencia—y que examine los medios del testimonio por los cuales los milagros y las nuevas del evangelio han llegado a su puerta–y no admita como argumento aquí lo que no se admitiría como argumento en ninguna de las analogías de la naturaleza y la observación–lleve consigo en este campo de investigación, una lección que debió haber aprendido en otros campos–que la profundidad de las riquezas tanto de la sabiduría como del conocimiento de Dios y también sus juicios, son inescrutables, y que sus caminos son imposibles de conocer.

No entraré a tratar todas las evidencias positivas de la verdad de la revelación cristiana, mi único propósito al presente es dar por tierra

con una de las objeciones que se interpone en su camino. Permítame suponer entonces que esto ha sido logrado a satisfacción del investigador filosófico, y que toda la evidencia se mantiene, y que la misma mente que está familiarizada con todas las sutilezas de la ciencia natural y que está acostumbrada a contemplar a Dios en relación con toda la magnificencia a su alrededor, llegue a someter sus pensamientos a la cautividad de la doctrina de Cristo. ¡Oh! con qué veneración, gratitud, asombro considerará el descenso de Cristo a este mundo inferior, él que hizo todas las cosas, y sin quien nada de lo que fue hecho fue hecho. Cuánta grandeza arroja sobre cada paso de la redención de este mundo caído, pensar que fue hecho por el que se despojó a sí mismo de las glorias de una monarquía tan extensa y vino a ésta, la más humilde de sus provincias, en la forma de un siervo, y tomó sobre sí la forma de nuestra especie degradada y, por nosotros, se humilló sufriendo hasta la muerte. En este amor de un Salvador moribundo hacia aquellos que derramó su alma en agonía, hay una altura, una profundidad, una extensión y amplitud que me resulta imposible de comprender; y que nunca, nunca yo, desde este momento descuide una salvación tan grande o deje de aferrarme a una expiación asegurada por Aquel que clamó que consumado era, y nos trajo una justicia eterna. Lo suyo no fue la visita de un vacío desfile. Fue para lograr un propósito importante, y, si ese propósito es anunciado como la muerte del justo por el injusto, a fin de acercarnos a Dios, nunca dudemos que somos aceptados de esta manera por nuestro Padre celestial que el Hijo ha revelado y nos ha hecho conocer. Sigamos todas sus indicaciones con esa humildad que inspira el sentimiento de toda esta maravillosa condescendencia. Renunciemos a todo lo que nos pide que renunciemos. Hagamos todo lo que nos pide que hagamos. Entreguémosnos a su dirección con toda la docilidad de un niño, sobrecogidos por una bondad que nunca merecimos y un amor que no tiene paralelos en toda la perversidad e ingratitud de nuestra naturaleza rebelde—porque, ¿qué le daremos a él a cambio de tantos beneficios misteriosos, a él que se ha ocupado de nosotros, a él que de esta manera se ha dignado visitarnos?

¡¡Oh esplendor majestuoso!!

Thomas Chalmers (1780-1847): teólogo y predicador presbiteriano y líder de la Iglesia Libre de Escocia (formada en 1843). Se educó en St. Andrews, recibió su licencia para predicar en 1799, y fue pastor en las iglesias de Kilmany, Fife y Tron y St. John, en Glasgow. Sus publicaciones incluyen *Institutes of Theology* (Institutos de Teología).

